
JUAN GÓMEZ-JURADO BÁRBARA MONTES
AMANDA BLACK
EL ÚLTIMO MINUTO
3
B
Lectulandia

Desde que heredó sus poderes, Amanda no ha tenido ni un momento de descanso: entrenos, deberes, misiones… Pero todo está a punto de cambiar, porque por primera vez ha decidido tomarse el día libre para asistir al baile del instituto. Se comprará un vestido bonito, le pedirá a Jason que la acompañe y todo será genial. ¡El sueño de cualquier adolescente!

Sin embargo, las cosas nunca son como una quiere. La mañana del baile, la tía Paula le encomienda a Amanda una misión: evitar que una importante tablilla sumeria que lleva años desaparecida caiga en las manos equivocadas. Y Amanda, como heredera del culto a la diosa Maat, no puede permitirlo.

Si tienes ganas de vivir una gran aventura, ¡únete a Amanda Black!

Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes

El último minuto

Amanda Black - 3

ePub r1.0

Titivillus 01.06.2022

Título original: *El último minuto*
Juan Gómez-Jurado & Bárbara Montes, 2021
Ilustraciones: David G. Forés

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Bárbara Montes quiere dedicar este libro
a su sobrino Alejandro. Eres el mejor, chaval.

Juan Gómez-Jurado quiere dedicar
este libro a Marco y a Javi.

Personajes

Amanda Black: vive con su tía Paula desde que sus padres desaparecieron al poco tiempo de nacer ella. Ahora, con trece años, ha descubierto la verdad sobre sus orígenes: es la heredera de un antiguo culto dedicado a la diosa egipcia Maat, cuya misión es encontrar y robar objetos mágicos (y no tan mágicos) que, en malas manos, podrían ser peligrosos para la supervivencia de la humanidad. Además, tiene que lidiar con los típicos problemas de una adolescente, que no son pocos, y entrenar a diario para que los poderes que empezaron a manifestarse el día que cumplió trece años puedan desarrollarse hasta su máximo potencial.



Tía Paula: es la tía abuela de Amanda, además de su tutora y exigente entrenadora. Nadie sabe la edad que tiene, ya que aparenta entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años. Afirma que ya no está en forma; sin embargo, Amanda cree que eso no es del todo cierto: ha visto a su tía hacer auténticas proezas durante los entrenamientos a los que la somete a diario.

Paula haría cualquier cosa por Amanda, y lo que más le preocupa es mantener a la joven a salvo de todos los peligros que suponen la herencia que ha recibido al cumplir trece años.



Eric: es el mejor amigo de Amanda, no solo van juntos al mismo instituto, además, Eric la acompaña allá donde la lleven sus misiones. Es un auténtico genio de los ordenadores y puede piratear cualquier red. Antes de conocer a Amanda era un chico solitario con el que todos se metían, ahora ha ganado confianza y nada se interpone en su camino… Algo normal cuando te enfrentas continuamente a peligros que podrían costarte la vida. Lo que más quiere en el mundo es a su madre y después a Amanda (aunque le gusta mucho Esme, la amiga de ambos).



Benson: es el misterioso mayordomo de la familia Black. Parece adivinar los deseos y necesidades de Amanda antes de que

esta abra la boca. Aparece y desaparece sin que se den cuenta y parece llevar en la Mansión Black más tiempo del que sería natural: Amanda descubrió una fotografía muy antigua en la que aparecía Benson y… ¡estaba igual que ahora!

Se encarga de todo el equipo necesario para las misiones de Amanda y Eric y es el inventor de los artilugios más sofisticados. También sabe pilotar los automóviles, aviones y helicópteros que se guardan en el taller de la Mansión Black y está enseñando a Amanda y a Eric a manejarlos. Para Amanda y la tía Paula, Benson es un miembro más de la familia, y así se lo han hecho saber en numerosas ocasiones.



Esme: compañera de Eric y Amanda en el instituto. Conoce la herencia de Amanda y siempre está dispuesta a echarle una mano cuando su amiga lo necesita. Le encantaría acompañarla en sus misiones y cuenta con que algún día se lo pida. Mientras tanto, se alegra de tener a Eric y a Amanda como amigos y de que le cuenten sus últimas aventuras (a ella también le gusta un poco Eric).



Lord Thomas Thomsing: lord inglés perteneciente a una familia que, en la antigüedad, fue una poderosa aliada de los Black. Tras la utilización por parte de uno de sus antepasados de un amuleto mágico (con consecuencias desastrosas), la familia del lord fue expulsada del culto a la diosa Maat. Ahora, tras demostrar lord Thomas su fidelidad y su valor, los Thomsing han recuperado su lugar junto a la familia de Amanda, de lo cual, la tía Paula se alegra mucho (muchísimo).



Nora: delegada de la gente de los subterráneos, un grupo clandestino que lleva siglos habitando en subterráneos secretos bajo la ciudad en la que viven los Black. Tras intentar establecer redes de comercio con la gente de arriba (los que viven en la ciudad) y fracasar, tuvieron que dedicarse a robar, si bien eligen siempre a sus víctimas entre los poderosos. La gente de los subterráneos cuenta con numerosos agentes distribuidos por todo el mundo. La tía Paula

está tratando de ganarse a Nora como aliada para la causa de los Black.

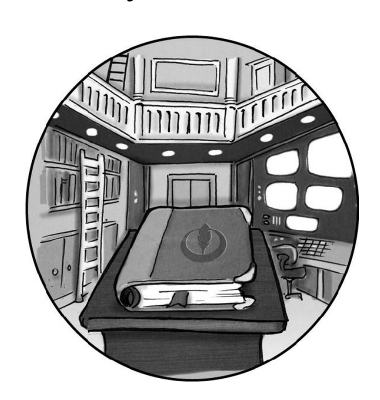


Lugares

Mansión Black: el hogar de los Black desde hace cientos de años. Amanda recibió la mansión y todo su contenido como herencia al cumplir trece años. Si bien su exterior está bien conservado, el interior es otra cosa. Han podido habilitar algunas de las habitaciones para su uso diario, pero la gran mayoría todavía está en un estado cochambroso y casi ruinoso. Poco a poco, la tía Paula, Benson y Amanda van trabajando para devolverle todo su esplendor. Lo malo es que, a pesar de tener la fortuna que heredó la joven, no pueden hacer uso de ella para hacer obras porque temen que alguien pueda descubrir los secretos que se guardan en su interior. La Mansión Black tiene pasadizos ocultos, habitaciones que aparecen y desaparecen y muchas cosas que Amanda todavía no ha descubierto.



El taller: así es como llaman al sótano de la Mansión Black y es donde se preparan todas las misiones de Amanda y de Eric. Dentro del taller se esconde la Galería de los Secretos, en la que se conservan los objetos robados en cada misión (de la cual mientras sigan siendo peligrosos no volverán a salir). Además, cuenta con los ordenadores más potentes; un hangar, en el que se guardan las aeronaves (algunas supersónicas) que necesitan para desplazarse por todo el mundo en tiempo récord; un enorme vestidor con todos los trajes necesarios, desde ropa de escalada a vestidos de fiesta; una biblioteca; una zona de estudio, y parte del circuito de entrenamiento que Amanda tiene que hacer a diario (la otra parte está en los jardines de la Mansión Black, si bien, en la actualidad, es bastante generoso llamarlos «jardines»).



Prólogo

Tren a la ciudad
Sábado, 15:20 h

No sé qué hago aquí. No, en serio, no lo sé. ¿Qué hago en este maldito tren? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿En qué momento se ha torcido tanto todo?…

Aunque no nos adelantemos, déjame que te lo explique un poco. Esta mañana estaba a mis cosas, preparándome para ir de compras y pensando en el Baile del Último Minuto que se celebra esta tarde en el instituto. Se llama así porque no puedes pedirle a nadie que te acompañe hasta el mismo día del baile, o sea, hasta hoy… Y yo tenía clarísimo a quién se lo iba a pedir: a Jason. Me gusta taaaaaanto Jason. Es taaaaaan guapo, taaaaaan divertido, taaaaaan inteligente, taaaaaan simpático…, ¡tan todo! ¡Es perfecto! O, por lo menos, para mí lo es. Me gusta mucho Jason, por si no te has dado cuenta. Tiene unos ojos grises enormes, enmarcados por unas pestañas largas y oscuras. Cuando me mira me quedo embobada… Y eso es algo que nunca me había sucedido.

Pensaba que las cosas iban sobre ruedas, o todo lo sobre ruedas que pueden ir en mi caso, porque, vale que no he podido elegir un vestido bonito para el baile por aquello de tener que entrenar y estudiar todas las tardes…, y por aquello de tener que ocuparme de diferentes misiones los fines de semana… Sí, ya sabéis, por lo de ser una ladrona, heredera de un culto a la diosa Maat que se remonta al Antiguo Egipto y que se dedica a robar objetos peligrosos para la

humanidad y a ponerlos a buen recaudo. Pero ya forma parte de mi rutina, ya me he acostumbrado… Y no vayáis a pensar que es malo: mi herencia conlleva algunos… llamémoslos «dones», como la velocidad, la inteligencia, la fuerza y la agilidad sobrehumanas —tampoco exageremos, no soy ninguna superheroína de las que pueden volar, lo justo para salir de un aprieto—; sin embargo, me hacía muchísima ilusión lo del baile, no solo por Jason. Tenía muchas ganas de salir con mis amigos, divertirme y bailar como cualquier otra chica de mi edad. Nunca he ido a un baile y por una vez me apetecía ir de tiendas y arreglarme, vestirme con algo más que una sudadera vieja, unos vaqueros y unas zapatillas raídas. Este iba a ser mi primer baile… Y ¿quién sabe?, tal vez allí pudiese hacer nuevos amigos, además de Eric y Esme, que, no me malinterpretéis, los adoro, pero me encantaría conocer más gente… Y así se lo dije a la tía Paula, que me prometió que este sábado, o sea, hoy, no cogeríamos ninguna misión e iríamos de tiendas para poder estar muy guapa esta tarde.

Yo lo estaba deseando. Desde que heredé la Mansión Black y, con ella, todo su contenido, nunca había podido ir de compras. Estaba deseando entrar en todas las tiendas de la avenida principal de la ciudad y empezar a gastarme parte del dinero que me habían dejado mis padres. Al fin y al cabo, me lo había ganado. No olvidemos que, para conseguirlo, tuve que escalar un edificio altísimo para hacerme con la llave de la Galería de los Secretos; sí, ya sabéis, la que está en el taller que se encuentra en el sótano de casa y que es el lugar de la mansión familiar en el que se guardan los objetos peligrosos que robamos y la fortuna de los Black, que no es escasa.

Pues eso, que yo esta mañana estaba muy contenta porque me iba de compras.

Y no.

Mis planes para el sábado iban a dar un giro de 180 grados, pero cuando me desperté, yo todavía no lo sabía.

Esta misma mañana mi tía entró en mi dormitorio. Estaba

bastante nerviosa. Necesitaba pedirme algo. Siendo justos con ella, he de decir que me dio a elegir, podría haberme negado a aceptar esta misión, pero no sería una Black si no la hubiese aceptado. Y eso es lo que soy, una Black.

Ante todo.

Es mi deber hacer que la humanidad se encuentre más segura.

Es lo que hago.

Y no lo hago mal. De hecho, creo que lo hago muy bien.

Hasta esta misión, en la cual todo lo que podía salir mal, ha salido todavía peor.

Pero, permíteme que te cuente cómo hemos llegado hasta aquí.

1

Mansión Black
Sábado, 8:00 h

TOC TOC TOC.

—Adelante —dije distraída, mirándome en el espejo que colgaba de la pared de mi habitación y decidiendo qué par de vaqueros y qué sudadera me pondría para ir de compras con mi tía.

En realidad, era una decisión bastante sencilla de tomar, ya que apenas tengo ropa. Hoy íbamos a comprar no solo un vestido para el baile de esta tarde, sino también ropa para ir al instituto.

Estoy un poco harta de que Sara —mi archienemiga— y sus amiguitas se metan conmigo por mis vaqueros viejos y pasados de moda y por mis sudaderas y zapatillas desgastadas. No, hoy, por fin, nos íbamos de tiendas. A gastar la fortuna que mis padres me dejaron como herencia junto al deber de proteger a la humanidad con mis habilidades como ladrona.

La tía Paula entró en la habitación y enseguida noté que las cosas no iban bien.

—Amanda, cariño, tengo que pedirte algo… —La tía se retorcía las manos, nerviosa—. No te va a gustar y, si no quieres, no lo haremos. De verdad, puedes negarte y no me enfadaré. Tienes derecho a un sábado para ti, para hacer cosas propias de tu edad.

—¿Qué pasa, tía Paula? Me estás preocupando.

Mi tía avanzó hasta mi cama, todavía deshecha, y se sentó. Dio unas palmadas a su lado para que me acomodase junto a ella.

—Mira, cariño, nos ha llegado un soplo… Hemos averiguado el lugar en el que se encontrará algo que llevamos años buscando. Thomas… Digo…, lord Thomsing me acaba de telefonear. —Al mencionar a lord Thomsing, mi tía se sonrojó levemente. Estaba segura de que ese hombre le gustaba mucho a mi tía, por lo menos tanto como Jason a mí—. No te pediría nada si tuviésemos tiempo, pero no lo tenemos. Ese objeto lleva muchos siglos desaparecido y, por simple casualidad, hemos sabido dónde va a estar, pero la horquilla de tiempo para hacernos con él es muy breve.



Mi tía continuó explicándome que debía viajar a otra ciudad, a Carobria, en un país vecino, a la embajada que nuestro país tenía allí y en la que hoy mismo se celebraría un almuerzo con empresarios muy importantes. Uno de ellos llevaría con él una tablilla de arcilla que databa de la época de los sumerios, en la que

se suponía que se hallaba tallada la fórmula del metal con el que se construyeron objetos como la espada de Aquiles o algunas partes del Arca de la Alianza. El embajador la guardaría en su caja fuerte hasta que el empresario abandonase el edificio.

El actual propietario había decidido vender la tablilla a Dagon Corp. y, tras el almuerzo, cogería un vuelo a nuestra ciudad, donde se encontraban las oficinas centrales de Dagon. En apenas unas horas, la venta estaría cerrada… Y los Black no podíamos permitir eso.

La tía Paula me contó que quien poseyese la fórmula podría crear armas muy poderosas y terribles. La amenaza que suponía para la humanidad era inadmisible, ya que la persona o empresa que fabricase el metal podría hacer caer gobiernos y acabar con numerosas vidas solo para lograr sus objetivos y, conociendo las técnicas de Dagon Corp. como las conocíamos, ese sería el mejor postor… Y eso si Irma Dagon no decidía quedarse la fórmula para ella.

Esa mujer no tenía escrúpulos. Ya lo había demostrado en varias ocasiones.

Nada más conocer mi herencia, tuve que robar de su despacho, en la última planta del edificio de Dagon Corp., la llave de diamante. Es la llave que abre la Galería de los Secretos, situada en el taller, el cual se encuentra en el sótano de la Mansión Black y que es también nuestra base de operaciones, el lugar en el que preparamos todas nuestras misiones y donde se guardan los equipos y medios de transporte que utilizamos en ellas. Irma Dagon, de algún modo, se había hecho con la llave de diamante tras la desaparición de mis padres. Cuando digo «de algún modo», quiero decir que la había robado, porque esa llave siempre había estado a buen recaudo en la mansión. Irma Dagon solo podría haberse hecho con ella de manera… digamos que poco legal —la había robado, casi seguro—. En la Galería de los Secretos se guardan los objetos que los Black hemos sacado de la circulación a lo largo de la historia, se trata de artefactos de gran poder. Artefactos cuyo uso

supondría un peligro letal para la humanidad. Si Irma Dagon se había hecho con la llave de diamante, solo podía significar que estaba interesada en alguno de aquellos objetos, o en todos… Y nadie querría una de aquellas cosas si no fuese para utilizarla, con el riesgo que ello conllevaba.

No, no podíamos permitir que esa venta tuviese lugar.

Debíamos robar la tablilla de arcilla y esconderla en la Galería de los Secretos para que nunca más viese la luz.

—Está bien, tía, parece muy importante, lo haré —contesté decidida. Guardé silencio unos instantes mientras calculaba cuánto tiempo me llevaría ir y volver. Cuando me hice una idea, continué hablando—. Si voy con el avión, apenas tardaremos una hora en llegar. El robo no será fácil, necesito ver los planos de la embajada y conocer las medidas de seguridad, pero calculo que en una hora u hora y media más puedo tener la tablilla en mi poder y después regresar. Otra hora en el avión hasta llegar a casa… Eso me deja tiempo más que de sobra para arreglarme e ir al baile a las seis de la tarde… Más o menos. Lo único que necesitaré es que vayas tú a comprarme el vestido… He visto uno precioso en una tienda del centro. Es morado, largo… Te daré la dirección… ¿Lo comprarás? ¿Por favor?

—¿De verdad lo harás? —Había auténtico dolor en la voz de mi tía—. Pensaba que te negarías… Casi habría preferido que te negases… Amanda, necesitas tiempo para ser una adolescente… Yo… Lo siento mucho, cariño. —Bajó la mirada al suelo—. Y claro que te compraré el vestido. Y unos preciosos zapatos si quieres. Te compraré todo lo que desees.

Le tomé la mano y la obligué a mirarme a los ojos.

—Sabía en lo que me metía, esto es lo que soy tía. No es culpa tuya. Estas cosas pasan. —Me encogí de hombros—. Además, ya ves que, si nos organizamos, puedo llegar al baile, solo necesito un vestido bonito. Si no te da tiempo a ir a por el que me gusta, no te preocupes, no pasa nada, cogeré alguno de los del taller, son todos negros, pero bueno, los hay preciosos… Es solo que no quería ir de

negro al baile.

En realidad, odiaba la opción de tener que vestirme con alguna de las prendas que había en el taller de la mansión, todas eran negras y yo siempre iba de negro. Estaba deseando probarme aquel vestido morado que había visto en un escaparate, ya estaba bien de tanta ropa negra, pero eso no se lo iba a decir a mi tía. La notaba triste por tener que pedirme que fuese a aquella misión, casi al borde de las lágrimas. La tía Paula no llevaba muy bien que yo hubiese decidido continuar con la herencia de los Black, de hecho, lo odiaba. Odiaba ponerme en peligro, pero había sido mi decisión.

También sabía que, si me pedía que robase aquella tablilla precisamente hoy, es que no quedaba más remedio.

—Está bien, cielo, vístete. —Claudicó mi tía con un suspiro—. Eric tiene que estar a punto de llegar, Benson ha ido a buscarlo. Cuando estés lista, baja al taller. Allí os pondremos al corriente de todo.

Eric, ¡me había olvidado! El pobre estaba deseando pedirle a Esme que le acompañase al baile… Le gusta mucho Esme… Solo esperaba que no se sintiese muy decepcionado por todo esto de la misión inesperada.

La tía abandonó mi habitación, no sin antes dedicarme una sonrisa que todavía sentí triste.

Tenía total confianza en que todo iría bien y en estar de vuelta antes de que empezase el baile y así se lo haría saber a Eric.

En aquel momento no sabía lo equivocada que estaba.

No tenía ni idea de lo mal que iba a salir todo.

2

Hotel frente a la embajada de Carobria
Sábado, 12:15 h

En una habitación de hotel, apostado en la ventana, Eric vigilaba el edificio que había al otro lado de la calle, la embajada de Carobria. Una amplia avenida con varios carriles de circulación en ambos sentidos era lo único que le separaba de Amanda.

El muchacho había recibido la noticia de la misión esa misma mañana y le había hecho tanta gracia como a su amiga Amanda, esto es: ninguna. Aquella misión podría fastidiar sus planes para la tarde si no salía todo según lo planeado. No obstante, Eric confiaba en que todo iría bien, era una misión bastante sencilla comparada con otras que habían llevado a cabo Amanda y él.

El chico estaba deseando ir al baile con Amanda, pero sobre todo con Esme, a la que planeaba invitar para que fuese su acompañante.

Eric suspiró a la vez que lanzaba una mirada distraída a la mochila que había junto a él. En ella guardaba todo el equipo que necesitaría para robar la tablilla. No era mucho: dos de sus drones, algunas pegatinas con chips de seguimiento y poco más. El miniordenador con el que siempre viajaba lo llevaba en el bolsillo de sus vaqueros y la cartera, también.

Si todo iba bien, llegaría a tiempo al baile, si no… Bueno, él ya sabía lo que había, lo había sabido desde el mismo momento en el que Amanda le había ofrecido ser su compañero. Ella nunca le

mintió al respecto: poca vida social, viajes inesperados, peligros mortales… A cambio, eso sí, de una generosa suma de dinero todos los meses. Él iba guardando ese dinero. Si algún día a su madre le hacía falta, se lo daría, pero de momento prefería que ella no supiese lo que hacía. Ya había perdido a su marido —el padre de Eric había desaparecido hacía algunos años y nadie sabía qué había sido de él—, mejor que la mujer no supiese los peligros a los que se enfrentaba su hijo casi todas las semanas.

Lo mejor de todo era que Eric podría dejarlo cuando quisiese… Algo que Amanda tenía más complicado, al fin y al cabo, era su legado.

En la embajada todo parecía tranquilo, Eric sacó su miniordenador —y teléfono— del bolsillo y marcó un número con dedos temblorosos.

3

Embajada de Carobria
Sábado, 12:15 h

No necesité ni colarme en la recepción de la embajada, lord Thomsing me había conseguido una invitación para el almuerzo con la excusa de ser yo la rica heredera de los Black, importantes compradores —y ladrones— de arte; si bien solo éramos ladrones cuando el «arte» en cuestión podía ser peligroso y no se encontraba a la venta, porque cuando podíamos comprar las piezas de manera legal, lo hacíamos. Mis padres me habían legado una fortuna tan inmensa que no tendría tiempo de gastármela ni aunque viviese varias vidas. La tía Paula y Benson habían conseguido localizar varias piezas potencialmente mortales que estaban a la venta —si bien, estábamos seguros de que los propietarios desconocían los poderes de los objetos en cuestión—, y algunas de ellas ya habían pasado a formar parte de nuestra colección de la manera más sencilla del mundo: comprándolas.

Pero centrémonos en el golpe a la embajada.

Eric vigilaba la operación desde la habitación de un hotel cercano. Muy cercano. Justo enfrente de la embajada. Habíamos preparado la misión en tiempo récord, pero si la comparábamos con la anterior, en la que no habíamos tenido la más mínima pista para encontrar el objeto que buscábamos, esto estaba chupado.

El edificio tenía las medidas de seguridad clásicas: sensores de movimiento, vigilantes armados, cámaras de seguridad, algún láser

en las zonas más sensibles… Y unos estupendos conductos de ventilación que yo pensaba utilizar para llegar al despacho del embajador, donde se encontraba la caja fuerte que acogía en su —no tan— inexpugnable interior la tablilla de arcilla sumeria.

Me encanta la inocencia de la gente. Se gastan un dineral en grandes medidas de seguridad por todas partes y después instalan una caja fuerte que podría abrir un niño de cinco años con una horquilla… Siempre y cuando el niño de cinco años fuese miembro de la familia Black, claro.

Y yo lo era.

Lo que quiero decir es que se trataba de una caja fuerte normal y corriente, de las que cualquier mortal podría comprar en internet… Y yo, gracias al duro entrenamiento al que me sometían la tía Paula y Benson a diario, ya sabía abrirlas todas. Las teníamos en el taller de la Mansión Black. Así llamábamos al sótano de la mansión, en el cual guardábamos todo el equipamiento necesario para nuestras misiones, y practicaba con ellas todas las semanas. No me saltaba ni una, mi tía no me lo hubiese permitido. Sí, entrenaba a diario: escalada, submarinismo, natación, apertura de cerraduras, camuflaje, salto en paracaídas, artes marciales, idiomas, arte… Cualquier cosa que pudiese servir en mis misiones. Era duro, porque, además, tenía que estudiar para los exámenes del instituto, donde tenía que fingir que era una chica de lo más normal. En fin, creo que ya lo he dicho, pero lo repetiré: soy una Black y esto es lo que hago.

Vagaba entre los invitados y camareros que servían aperitivos sobre enormes bandejas en el salón de la embajada, esperando el momento adecuado para pasar a la acción. La embajada estaba situada en un edificio con aspecto de palacio en el centro de la ciudad. La sala en la que se celebraba la recepción tenía pinta de haber sido un salón de baile un par de siglos atrás. La pared de uno de los lados estaba cubierta por grandes espejos con marcos dorados tallados con hermosas formas florales, mientras que los amplios ventanales de la pared contraria permitían pasar la luz natural de

aquella hora del día; sin embargo, el embajador no se había conformado con la iluminación que proporcionaba el sol, las arañas de cristal del techo estaban encendidas diseminando suaves destellos a su alrededor. El suelo relucía bajo la luz y reflejaba las figuras que caminaban sobre él. La verdad es que era bastante impresionante. En la Mansión Black había un salón de baile, aunque todavía no habíamos tenido tiempo de devolverle todo su esplendor… Bueno, lo correcto sería decir que no le habíamos devuelto ni una mínima parte de él. O nada, si pretendía ser exacta. De hecho, las lámparas continuaban cubiertas con sábanas para impedir que el polvo se aposentase sobre ellas y los gruesos cortinajes de terciopelo se veían grisáceos y abandonados a su suerte, al igual que el suelo, que iba necesitando un lijado y un encerado… Y aun con ello, dudaba mucho de que fuese a lucir tan espectacular como el de la embajada.

Continué vagando entre los asistentes, deleitándome con sus ropas. Ellos lucían elegantes —y aburridos— trajes de chaqueta, todos con corbata al cuello, que era lo único que le daba un toque de color a sus atuendos. Las mujeres, al contrario, ostentaban todos los colores del arcoíris en sus vestidos, algunas se habían atrevido también con trajes de chaqueta —mucho más cómodos que los vestidos, en mi opinión—, con largos pantalones anchos que bailaban con un movimiento fluido alrededor de sus piernas al caminar.

Mientras avanzaba por aquella lujosa sala sorteando a camareros e invitados, de vez en cuando miraba el reloj con un sentimiento que, si no lo era, se parecía muchísimo a la inquietud. O el tipo aparecía pronto o no llegaríamos a tiempo para el baile del instituto. El hombre que portaba la tablilla todavía no estaba en el edificio. Por lo que nos había dicho Thomsing, nada más llegar, un escolta le acompañaría, junto con el embajador, hasta el despacho de este último, donde guardarían el objeto en la caja fuerte. A continuación, ambos se unirían al resto de invitados.

Y ese sería mi momento.



Cuando los viese entre los invitados, me iría al baño, treparía hasta el conducto de ventilación y me deslizaría por él hasta alcanzar mi objetivo. La parte más delicada de toda la operación sería quitar la rejilla del conducto, pues la que daba al despacho del embajador estaba protegida por un láser. Eric me había dado un

artefacto que engañaría al láser haciéndole creer que seguía conectado cuando, en realidad, estaría anulado; tenía que instalarlo con mucho cuidado, el más leve temblor podría hacer que se descubriese la estratagema.

Vi cómo un hombre se acercaba al embajador y le susurraba algo al oído. Al cabo de unos segundos se retiró. El embajador se disculpó con las personas con las que estaba charlando, dejó la copa de vino en la bandeja de un camarero que pasaba por su lado derecho en ese momento y se dirigió a la salida del salón.

Me puse tensa. Había llegado el momento. Miré —una vez más— mi reloj: las doce y veinticinco. Con un poco de suerte, a la una de la tarde estaría en el avión de regreso a mi ciudad, durante el vuelo llamaría a Jason para invitarle a venir conmigo al baile —esperaba que no me dijese que no— y llegaría a casa con tiempo de sobra para arreglarme.

—Amanda, el tipo acaba de entrar en la embajada. —Me llegó la voz de Eric por el auricular que llevaba disimulado en un oído.

—Lo sé. He visto cómo iban a recibirle —dije en voz baja.

—Date prisa, yo ya he hablado con Esme y me ha dicho que sí, que vendrá conmigo al baile. —La emoción que sentía mi amigo se traslucía en su voz. ¡Me alegraba tanto por él! ¡Hacían una pareja genial! ¡Mis dos mejores amigos!

—¡Ay, me alegro mucho por ti! —susurré.

Por mi mente cruzó la idea de que alguien podría adelantarse e invitar a Jason antes que yo, pero no podía pensar en ello en ese momento, necesitaba centrarme en lo que me traía entre manos.

—Venga, a por la tablilla. No nos despistemos, que todavía tenemos que acabar la misión. Mucha suerte, Amanda, cuento contigo. Y recuerda, si te cogen, lanza una de las bolitas de la pulsera que te ha dado Benson, te dará tiempo para huir. Corto.

Mis ojos viajaron a la pulsera que había mencionado Eric, parecía una pulsera normal, el típico adorno que se pondría una adolescente, pero era mucho más que eso. Las pequeñas bolitas negras que formaban la joya eran en realidad bombas de humo, solo

necesitaría apretar una por dos lados para que se soltase. Después, bastaba con arrojarla al suelo para que explotase soltando así el humo que me daría el tiempo necesario para desaparecer.

Pasado un rato miré a mi alrededor con discreción, buscando a los dos hombres. Pocos minutos más tarde entraron en el salón y se mezclaron entre los asistentes.

Me dirigí al baño.

Esperé a que un par de mujeres que había en el interior saliesen y trepé al conducto de ventilación. Desatornillé la rejilla y me introduje en su interior.

Marqué un código en mi reloj. No era un reloj normal, se trataba de uno de los inventos de Benson y con él podía desde trazar mapas hasta comunicarme con la mansión o con Eric, pasando por dar las órdenes necesarias para que la indumentaria que llevase puesta se convirtiese en algo muy diferente, como en ese momento. Enseguida el elegante traje de chaqueta que llevaba puesto se transformó en un cómodo mono que se ajustaba a todos mis movimientos… La tela Black era auténtica magia para mí, no tenía ni idea de cómo funcionaba, pero el caso es que lo hacía. Benson, nuestro misterioso mayordomo, se encargaba de coser todas las prendas él mismo, daba igual lo que necesitásemos, él siempre conseguía tenerlo a tiempo para cualquier misión, como si supiese de antemano lo que íbamos a pedirle. Era un miembro más de mi pequeña familia y así se lo había dicho en varias ocasiones, al igual que mi tía.

Repté por los conductos de ventilación siguiendo el recorrido que me iba indicando el reloj. Eric había cargado en él el mapa de los conductos antes de abandonar la Mansión Black. Yo solo tenía que mirar en la pantalla los giros debía hacer para alcanzar mi objetivo: el despacho del embajador.

Pan comido.

El único inconveniente es que la pulsera con las bolitas me picaba bastante y eso era muy incómodo. Cada pocos metros, tenía que parar a rascarme la muñeca.

No me llevó más de unos minutos alcanzar la rejilla tras la cual se encontraba el objeto de nuestra misión.

Con mucho cuidado, evitando cualquier tipo de movimiento brusco, comencé a colocar el dispositivo que conseguiría que el láser que activaba la alarma no delatase mi presencia.

Justo cuando terminé de instalarlo y comencé a abrir la rejilla, todo se fue a la porra.

4

Embajada de Carobria
Sábado, 13:43 h

La puerta del despacho comenzó a abrirse. Muy despacio.

Coloqué la rejilla en su sitio a toda velocidad y esperé prestando atención a lo que sucedía un par de metros por debajo de donde yo me encontraba.

Una figura vestida de negro apareció en el umbral de la puerta, entró en la estancia y cerró la puerta con cuidado de no hacer ningún ruido. No pude verle la cara, llevaba una sudadera con capucha que me impedía ver sus rasgos, lo único que tenía claro es que era un hombre. Bastante alto. O lo parecía. Sus formas dejaban poco lugar a las dudas.

El extraño bloqueó la puerta tras él y se dirigió con buen paso hacia el cuadro tras el que se escondía la caja fuerte.

Sabía lo que hacía… Y lo que buscaba. Tardó algo menos de un minuto en descubrir el escondite, abrir la caja y hacerse con la tablilla.

Mientras tanto, yo asistía estupefacta a toda la escena desde mi conducto de ventilación. Estaba completamente bloqueada… ¡No sabía qué hacer!

—Eric, tenemos un problema —susurré al intercomunicador rascándome la muñeca, donde las bolitas de la pulsera me habían dejado ya una marca.

—¿Qué sucede, Amanda? ¿Estás bien? —La voz de mi amigo

sonó algo aguda por los nervios en el receptor que llevaba en mi oído.

—No, ¡tienes que hacer algo! ¡Están robando la tablilla! ¡Se nos han adelantado! —Mi voz era como un papel de lija frotando una piedra, apenas un murmullo; sin embargo, Eric pudo escuchar el grito que deseaba salir de mis pulmones.

—¿Dónde está el ladrón? —preguntó.

Miré al hombre. Guardaba la tablilla en un maletín, envuelta en una tela de arpillera. Cuando aseguró el cierre con una combinación —siete, tres, seis, lo vi desde mi escondite—, fue a la puerta y quitó el seguro; a continuación, se dirigió a la ventana, la abrió y salió por ella.

—En la ventana del despacho del embajador. ¡Haz algo!

—Ya… Ya… Estoy en ello. Lárgate de ahí a toda prisa.

Esperé unos segundos más y abandoné el conducto. Quité el aparato que había colocado poco antes, cerré la rejilla y salté al suelo. Lo de tener poderes que te permiten agarrarte a las paredes resultaba muy útil en ocasiones como esta.

—¿Dónde está, Eric? Dime que lo tienes.

—Lo tengo, estoy siguiéndole con un dron.

—Sal del hotel, reúnete conmigo en la puerta. Corto.

Me escabullí por la misma ventana por la que se nos había escapado el ladrón y abandoné los terrenos de la embajada a la carrera sin ser vista.

No podía creerme lo que había sucedido.

¡Nos habían robado delante de las narices!

Corrí en dirección a la puerta del hotel, donde Eric ya estaba esperándome. Sus ojos estaban fijos sobre una pantalla que llevaba entre las manos. Me acerqué a él sin aminorar el paso.

—¿Dónde está? —Miré yo también la pantalla, en ella se veía un punto rojo que avanzaba a una velocidad bastante estable y no muy alta.



—Es ese punto rojo. Le he marcado con un minidron. Ni se dio cuenta cuando le puse el chivato… Parece que va camino de la estación… A pie.

Por suerte para nosotros, la estación no se encontraba muy lejos de donde estábamos. Debíamos impedir que ese hombre subiese a

ningún tren o podríamos ir despidiéndonos de la tablilla… Y del baile.

—En marcha. —Nada más decirlo, eché a correr de nuevo.

—¡Amanda! ¡Amanda! —Llamó mi amigo.

—¿Qué? —Medió exclamé, medio gruñí por encima de mi hombro.

—Lo mismo llegamos antes si cogemos un taxi, él va andando y no parece que haya mucho tráfico. —Miré a Eric, frente a él se estaba deteniendo ya un coche con una flamante luz verde brillando en su techo.

No me quedó más remedio que darle la razón.

Si conseguíamos llegar a la estación antes que el ladrón, podríamos emboscarlo y quitarle la tablilla.

A regañadientes regresé sobre mis pasos y me metí en el automóvil, en cuyo interior mi amigo continuaba siguiendo los movimientos del hombre a través de la pantalla. Le pedí al conductor que nos llevase a la estación lo más rápido que pudiese y el coche arrancó.

En ese momento, Eric sacó un brazo por la ventanilla. Cuando volvió a introducirlo, un pequeño dron con forma de pájaro reposaba en la palma de su mano.

—No pienso preguntarte cómo has hecho eso —refunfuñé algo molesta… Eric estaba bastante más centrado que yo. Necesitaba concentrarme en la misión.

—No pienso decirte cómo lo he hecho —contestó él con una sonrisa a la vez que guardaba el dron en su mochila—. Escucha, Amanda, todavía estamos a tiempo, todo va a salir bien, no te preocupes. Eres la mejor en esto y llegaremos al baile sin problema.

—Es fácil decirlo. Pase lo que pase, tú tienes pareja para el baile y yo… Bueno, eso… Tú tienes pareja. —Me daba un poco de vergüenza reconocer ante Eric lo mucho que me gustaba Jason, de momento prefería guardarme eso para mí—. Esme irá contigo… ¡Y ni siquiera sabemos a quién buscamos! —concluí rascándome la muñeca; la pulsera me estaba dando alergia o algo, porque aquello

no era normal.

Eric sonrió de nuevo, misterioso. Tecleó algo en la pantalla y me la pasó.

—¿Quién es este? —pregunté quitándome la pulsera y pasándosela a Eric, quien se la puso casi sin prestar atención.

—Este es el tipo que buscamos. Sabemos cómo es… Bueno, más o menos. El dron grabó el momento en el que se quitó la capucha y esto es lo que pude captar.

—Vale, es alto, rubio, parece joven, pero ya está. La cara no se ve bien…

—Es MUY rubio. Y bastante alto. No será difícil encontrarle —contestó sacando una sudadera de su mochila y tendiéndomela para que me la pusiera encima del mono. A continuación, recuperó la pantalla que yo seguía sosteniendo para continuar con el seguimiento.

El trayecto duró menos de cinco minutos, pero nuestro hombre había llegado antes que nosotros. Lo bueno era que le teníamos localizado, o eso creíamos; el punto rojo se había detenido en una de las cafeterías del interior de la estación.

Pagamos al conductor y corrimos en dirección a la estación, a pocos metros de donde nos había dejado el taxi. Se encontraba situada en un edificio cuyo aspecto exterior era antiguo, por lo que sabía, era de finales del siglo XIX. Los muros estaban construidos en ladrillo rojo con vidrieras en la parte de arriba y había un reloj de hierro en el centro de la fachada, pero el interior era moderno y amplio, con suelos pulidos y brillantes en blanco y techos altos donde un entrelazado de vigas de hierro jugueteaba con las sombras.

Nos dirigimos a la posición que indicaba la pantalla de Eric con paso cauteloso, no queríamos llamar la atención del ladrón.

Nos detuvimos a pocos metros del objetivo. Yo me acercaría y robaría la tablilla y Eric me esperaría justo donde se encontraba.

Caminé despacio, buscando al joven con la mirada. De las siete mesas de la cafetería, cuatro estaban ocupadas.

En ninguna de ellas había un hombre MUY rubio sentado.

Miré a mi alrededor, confusa, pero sin dejar de aproximarme. Cuando alcancé las mesas me di cuenta de lo grande que era el marrón que teníamos encima. Era un marrón de tamaño descomunal.

En el respaldo de una silla se encontraba la sudadera del ladrón, posiblemente olvidada.

No había rastro de él por ningún sitio.

5

Estación de Carobria
Sábado, 14:05 h

Corrí hasta el lugar en el que había dejado a Eric intentando no tropezarme con nada y buscando alrededor al hombre MUY rubio, todo a la vez.

—¡No está! —exclamé cuando llegué a donde estaba mi amigo —. ¡No está! ¡Se ha ido!

—¿Cómo que se ha ido? —preguntó él dirigiendo la vista a la pantalla de su dispositivo—. ¡Está aquí mismo! ¡A nuestro lado!

Alcé la mano en la que sostenía la sudadera del ladrón hasta que quedó a pocos centímetros de los ojos de Eric, los cuales se abrieron hasta quedar del tamaño aproximado de dos ruedas de camión.

—Lo que oyes, se ha evaporado… No sé si se ha dado cuenta de que le estábamos rastreando o es solo que se la ha olvidado —dije señalando con la cabeza la chaqueta que todavía sujetaba en la mano—. Apuesto por lo segundo.

—No puede ser —murmuró Eric volviendo a mirar la pantalla en la que el punto rojo seguía brillando justo donde nos encontrábamos nosotros para, a continuación, mirar a su alrededor.

—Sí puede ser y es —zanjé—. ¿Qué hacemos ahora?

—Deja que piense… Pero… ¿cómo se puede ser tan imbécil? —Se enfadó él—. ¿Quién se deja la chaqueta en la estación? ¿Eh? ¿Quién?

—De momento, nuestro ladrón… Tenemos que pensar algo y

rápido.

En ese momento, por los altavoces anunciaron la inminente salida de un tren que iba hacia nuestra ciudad. Cuando digo inminente, me refiero a que saldría en cinco minutos. Los ojos de Eric volvieron a abrirse, pero esta vez no era por sorpresa. Reconocería esa mirada en cualquier parte: su cerebro ya había hecho todo el recorrido necesario para llegar a una conclusión.

Y yo estaba ansiosa por escucharla.

—Escupe —pedí.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡Qué fuerte! Ese es nuestro tren. Ese es SU tren. Si yo robase algo, intentaría salir cuanto antes de la ciudad, antes de que el robo fuese descubierto… No es tan fácil pasar la tablilla por los controles de un aeropuerto sin que alguien te pida explicaciones… Sin embargo, por otro lado…, un tren… ¡Qué listo!… Nadie te mira nada en una estación o en un tren. Y este que acaban de anunciar tiene el horario perfecto para poder escapar a tiempo. Además, sabemos que Irma Dagon quiere comprar la tablilla… ¿Y dónde está ella? —continuó mi amigo sin darme tiempo a contestar—. ¡Correcto! ¡En nuestra ciudad! Que es, precisamente, el destino de ese tren. Me juego lo que sea a que nuestro hombre está en él.

—¿Estás seguro? —Deseaba con todas mis fuerzas que lo que decía Eric fuese cierto. Si el ladrón viajaba en ese tren, podríamos matar dos pájaros de un tiro, a saber: recuperar el objeto robado y llegar a la ciudad con tiempo suficiente para arreglarnos y llegar al Baile del Último Minuto. Ya recuperaríamos el avión en el que habíamos llegado. Por suerte, estaba bien escondido.

—No, por supuesto que no estoy seguro —respondió encogiéndose de hombros—, pero tiene lógica, ¿no?

Desde luego que la tenía.

Si yo no hubiese contado con los aviones, helicópteros y otros medios de transporte de los Black, habría elegido una vía de escape similar.

El tren estaba a punto de salir y debía tomar una decisión.

—¿Pues a qué esperamos? ¡Rápido o lo perderemos!

Eché a correr hacia el andén que, como es habitual cuando tienes que coger un tren que sale en breve, se encontraba al otro lado de la estación. Eric me pisaba los talones, pero se estaba retrasando. Tecleaba a toda velocidad en su dispositivo móvil y eso le hacía ir más despacio.

—¿Qué haces? —pregunté por encima de mi hombro.

—Billetes, necesitamos billetes —contestó mi amigo resoplando y sin dejar de teclear.

Nos llevó todavía un minuto de carrera desbocada llegar al control de pasajeros, donde Eric enseñó la pantalla del dispositivo para que el revisor, a un ritmo pausado y tranquilo que nos puso muy nerviosos, escanease con su lector los códigos de nuestros recién sacados billetes.

Ya en el andén, el tiempo se acababa; el tren saldría en menos de un minuto. O entrábamos en el vagón o el tren se marcharía sin nosotros en su interior, lo que sería todo un inconveniente si queríamos:

a) Recuperar la tablilla.

b) Llegar a tiempo al baile.

—Entra, deprisa —le dije a Eric obligándole a subir—. Necesito saber si está aquí o no.

Cuando me aseguré de que ese tren no iba a marcharse sin uno de nosotros en su interior, me separé del vehículo y comencé a avanzar buscando al tipo que era nuestro objetivo en las ventanillas y entre la muchedumbre que se encontraba en el andén.

Por fin me fijé en el tren, era antiguo o, mejor dicho, de aspecto antiguo. Se trataba de un tren turístico que unía las dos ciudades cuatro veces al día. El brillante azul de sus vagones contrastaba contra el ladrillo rojo de las columnas del andén. Una locomotora con chimenea encabezaba la enorme oruga de hierro. Parecía de vapor, pero en realidad se trataba de un tren moderno construido para aquellos románticos que querían disfrutar de un viaje por los

bosques que separaban Carobria de mi ciudad. Yo misma había viajado en aquel tren. Esas habían sido las vacaciones que nos habíamos podido permitir la tía Paula y yo hacía algunos veranos. Recuerdo su interior, dividido en compartimentos para un máximo de seis viajeros cada uno y separados del pasillo por una mampara de madera con una puerta estrecha para entrar y salir. Las paredes, tanto en el interior como en el exterior de los compartimentos, estaban cubiertas con paneles de madera oscura y brillante y de ellas pendían lámparas redondas de cristal esmerilado.

A lo lejos vi una cabeza MUY rubia. De nuevo me lancé a la carrera, esquivando personas, papeleras, carritos rebosantes de maletas y algún que otro perro que, alegre por volver a ver a su dueño, no dudaba en mostrar sus emociones meneando la cola, saltando y saludando a todo aquel que se cruzase con él, entre ellos a mí misma, entorpeciendo con ello mi avance.

Cuando conseguí rebasar al animal, vi cómo las puertas comenzaban a cerrarse. El ladrón lanzó una mirada por encima de su hombro y se introdujo en el interior del vagón. Yo me abalancé hacia la entrada más cercana a donde me encontraba, midiendo tan a la perfección los tiempos que las puertas se cerraron justo delante de mis narices.

Sin haber llegado a atravesarlas.

Tenía un problema.

Mi problema se puso en marcha.

Yo seguía en el andén.

Y, si no me equivocaba, y en esto creía no hacerlo, estaba en el lado incorrecto. Debía estar dentro del tren, no fuera como estaba.

Tenía que hacer algo y tenía que hacerlo ya.

6

Estación de Carobria
Sábado, 14:10 h

Miré a mi alrededor. No quería mostrar mis «poderes» en un lugar en el que se agrupaban tantas personas. Alguien podría verme y eso no me gustaba mucho, pero no tenía ninguna otra opción si quería subir a ese tren en movimiento.

Avancé hasta un pilar cuadrado y me escabullí tras él. De un salto, me encaramé al techo abovedado de la estación; por suerte, las sombras que creaban las bóvedas y mi ropa negra me sirvieron para ocultarme a los ojos de aquellos que se encontraban unos metros más abajo. Esperé mi momento. Esperé poco, eso sí. En unos diez segundos, el tren habría abandonado la estación y me sería mucho más difícil conseguir alcanzarlo. Entre las habilidades Black también se encontraba la velocidad, pero no tanta como para igualar la de un tren en marcha.

Solo tenía esta oportunidad.

El último vagón estaba a punto de desaparecer por el túnel de salida de la estación, tensé todos los músculos y me preparé para saltar.

Un, dos, tres y…

Tomando impulso con manos y pies, me lancé dando un giro sobre mí misma para situarme en la mejor posición y rogando a la vez haber medido bien la distancia que me separaba de la parte superior del coche.

No tardaría en descubrir si mis cálculos habían sido correctos.

No.

No había calculado bien.

Manoteé en el aire intentando encontrar algún lugar al que agarrarme y mis dedos rozaron algo frío. Un saliente de metal.

Me enganché a él como pude.

Bien, mi situación era, por decirlo de una forma suave, bastante delicada.

Colgaba de la parte trasera de un tren en marcha, sujeta tan solo por un par de dedos de mi mano izquierda.



Por otro lado, y siendo positiva, parecía que nadie en la estación se había dado cuenta de mi maniobra, porque no escuché a nadie gritando. Yo estaba demasiado ocupada intentando no caerme como para mirar.

La oscuridad del túnel me engulló haciéndolo todo todavía más

difícil, si es que eso era posible.

No veía nada.

No podía impulsarme hasta la parte superior del vagón, porque no sabía la altura del túnel. No podía agarrarme a nada que no fuese aquel saliente, así que hice lo único que podía, me sujeté con ambas manos y esperé.

No tuve que esperar mucho.

De repente la luz lo inundó todo y, por fin, pude hacerme una idea más exacta de mi precaria situación.

Me impulsé con los brazos y salté sobre el techo del tren. Me tumbé sobre mi tripa. Poco a poco avancé, venciendo la resistencia del viento, hasta el extremo. Me asomé.

De acuerdo, había ventanas, podría entrar por ahí, pero necesitaba que alguien abriese desde dentro.

—Eric —llamé. Por suerte, en ningún momento nos habíamos quitado del oído nuestro sistema de comunicación—. Eric, ¿me oyes?

—¿Dónde estás? —contestó mi amigo casi de inmediato.

—Bueno, eso no es muy importante ahora mismo, digamos que necesito tu ayuda. —Intenté mantener la calma, si le decía a Eric dónde estaba, podría asustarse y necesitaba que estuviese tranquilo —. Necesito que vayas al último vagón y abras la última ventana del lado izquierdo.

—Yendo.

Tuve que esperar unos cuantos minutos, que sobre el techo de un tren en marcha se me hicieron horas. No lo fueron. Al rato vi cómo la ventana se abría y la cabeza pelirroja de mi amigo se asomaba mirando a izquierda y derecha.

—Aquí arriba —llamé.

Eric miró en la dirección en la que había sonado mi voz y sus ojos se abrieron en un gesto de espanto.

—¡Dame la mano, Amanda! —exclamó asustado.

—No, no, no te preocupes, lo tengo todo controlado —repliqué —. Apártate, es lo único que necesito. Haré un aterrizaje perfecto.

Desapareció en el interior del vagón con un encogimiento de hombros. Eric rara vez discutía lo que yo decía, confiaba a ciegas en mis capacidades.

Me descolgué por el lateral y con un impulso metí las piernas por la ventana a la vez que soltaba las manos. Caí en el interior con lo que habría sido una grácil pirueta de no haber sido por el montón de maletas con el que choqué.

Sí, caí de culo ante la mirada entre atónita y divertida de mi amigo, que tendió la mano con la intención de ayudarme. Le di un manotazo y me alcé por mis propios medios, algo —muy— herida en mi orgullo.

Eric no pudo evitar una carcajada.

—Desde luego, ha sido un aterrizaje perfecto, sí —comentó todavía riendo—. Perfecto si pretendías que me muriese de risa.

—De verdad, a veces no te soporto —comenté con dignidad, poca, intentando contener yo también una carcajada. No tuve éxito, tenía que reconocer que mi aterrizaje había sido bastante ridículo.

—Tengo al tipo localizado —dijo Eric cuando logramos tranquilizarnos—. He llamado a la Mansión Black para informar de lo sucedido…

En ese momento mi móvil comenzó a sonar. Lo saqué del bolsillo y miré la pantalla.

Unos ojos grises enormes, enmarcados por pestañas largas y oscuras, me devolvieron la mirada.

ERA JASON.

7

Tren a la ciudad
Sábado, 14:23 h

Toqué el icono de RESPONDER LLAMADA y, sin previo aviso, vi la cara de Jason frente a mí.

¡Pero qué...! ¡Era una videollamada!... No me había dado cuenta antes de responder... Y yo estaba sudando y despeinada después de mi paseo por el techo del vagón. ¡No podía consentir que Jason me viese así!

Le tiré el móvil a Eric y por señas le pedí que hablase él.

—¿Amanda? ¿Estás ahí? —La voz de Jason me llegaba desde la mano de Eric, que sostenía el aparato y gesticulaba en mi dirección —. ¿Amanda?

—Hola, Jason —dijo por fin Eric mirando la pantalla—. Amanda ahora no puede ponerse. Estamos estudiando en su casa, pero ha salido a no sé qué de su tía... ¿Le digo que te llame cuando vuelva?

—Eeeeeeh... Sí, claro, si puedes... Aunque... —Jason dudó antes de continuar—. ¿Vas a ir con ella al baile?

Yo comencé a negar en dirección a Eric, formando las palabras «dile que no» con mis labios.

—No, no, voy a ir con Esme —contestó Eric.

—Ah, muy bien. —La voz de Jason sonó más animada—. ¿Sabes si tiene pareja para esta tarde?

—No que yo sepa... ¿Por?

—No, por nada —dijo Jason—. Dile que me llame... o la llamaré

yo más tarde, ¿vale? Hasta luego.

Jason cortó la comunicación.

—Mierda, mierda, mierda… —Caminaba en círculos lamentándome de mi mala suerte—. ¿Qué voy a hacer, Eric?

Mi amigo me tendió el teléfono. Yo lo cogí sin dejar de caminar en círculos.

—Te ha llamado, quiere invitarte al baile, estoy seguro —intentó tranquilizarme mi amigo.

—Pero ¿cómo voy a hablar con él con estas pintas? —Señalé mi cara sudorosa y mi cabello de punta—. Si me ve así, no querrá ir conmigo.

Eric se aproximó a mí, me obligó a detenerme posando las manos sobre mis hombros e hizo que le mirase a los ojos.

—Para ya, anda, no seas tonta… No creo que le importe cómo tienes el pelo ahora mismo, pero si te preocupa, llámale tú sin utilizar la videollamada y listo.

Medité unos instantes. Eric tenía razón, podría llamarle yo, pero tendría que ser más tarde… Ahora teníamos cosas más importantes que hacer, como encontrar al hombre MUY rubio y robarle la tablilla.

Un sentimiento de tristeza me inundó… ¿De qué serviría que llamase a Jason? Si no conseguíamos la maldita tablilla a tiempo, no podríamos ir al baile.

Apenas nos quedaban cuatro horas para cumplir nuestra misión.

8

Mansión Black
Sábado 14:10 h

Paula cortó la llamada. Lo que acababa de contarle Eric no le gustaba. No le gustaba nada. Si no se daban prisa, volverían a perderle la pista a la tablilla o, peor aún, si Irma Dagon estaba interesada en comprarla, también podría estar interesada en utilizarla o vendérsela a alguien que lo estuviese. Era demasiado peligroso, no podían abandonar la misión. Tampoco sabían quién era aquel misterioso ladrón, si la estaba robando para él mismo o había alguien más interesado en hacerse con ella porque conocía su contenido. Demasiados interrogantes. La misión se estaba complicando mucho.

Por otro lado, había que pensar en Amanda y en Eric. Su sobrina nunca le había pedido nada. Hasta ahora, que le había pedido ir a ese baile. Y si las cosas no se enderezaban pronto, no podría hacerlo. No quería decepcionarles, tenía que hacer algo y pronto.

Con todo lo de la misión, ¡ni siquiera había podido ir a comprar el vestido para Amanda! ¡Y no quería fallarle! Su sobrina se merecía algo de tiempo para ella, para ser una adolescente normal, para divertirse y pasar una noche con sus amigos. Paula sintió ganas de llorar. Le estaba robando los mejores años a Amanda del mismo modo que se los había robado a la madre de la niña. Maldijo la herencia Black y todo lo que conllevaba.

—Benson —llamó Paula todavía con el móvil en la mano. En

apenas un segundo escuchó al mayordomo detrás de ella. Dejó el teléfono sobre una mesa cercana y se dio la vuelta para situarse frente a él.

—¿Llamaba la señora?

—Benson, tengo un problema… —comenzó Paula hablando a toda velocidad, a la vez que se frotaba las manos de manera compulsiva.

—Tenemos, señora, tenemos un problema —la interrumpió el mayordomo con voz tranquila. Había notado lo angustiada que estaba. La tomó de las manos y la guio hasta un sofá en el que hizo que la mujer se sentase. Él se acomodó junto a ella sin llegar a soltarle las manos a Paula en ningún momento—. Ahora, dígame de qué se trata y juntos encontraremos la mejor solución.

Ella respiró hondo, contó hasta diez despacio, intentando aclarar sus ideas y, cuando logró rebajar la ansiedad que sentía, le puso al día de todo lo que había sucedido desde que los chicos dejaron la casa esa misma mañana. A continuación, le contó la petición de su sobrina, quería un vestido morado que había visto en una tienda del centro y, para finalizar, le puso al corriente de lo que tenía que hacer ella en lugar de ir a por el vestido: debía ir a hablar con Nora en los subterráneos, que eran su hogar.

Si alguien podía ayudarles en todo aquel embrollo, esa era la gente de los subterráneos. Tras la última misión, en la que tuvieron que buscar el amuleto Thomsing, Amanda le había presentado a Nora, la actual representante del grupo, y habían quedado en colaborar y en ayudarse mutuamente cuando aquello fuese posible. La tía Paula estaba intentando crear una red de colaboradores y aliados, como en los viejos tiempos. Nora sabría con quién contactar que pudiese ayudar a Amanda y a Eric. A pesar de vivir en cuevas bajo tierra, la gente de los subterráneos era un grupo muy bien organizado con enlaces en casi cualquier rincón del mundo. Y con un poco de suerte, sabría algo de aquel hombre al que estaban vigilando Amanda y Eric.

Cuando finalizó su relato, Benson solo emitió un suspiro y

sonrió.

—¿Qué piensa? —preguntó Paula.

El mayordomo todavía guardó silencio unos instantes antes de ofrecerle una respuesta.

—Bien, señora, pienso que usted debe ocuparse de lo que debe ocuparse y yo debo ocuparme de lo que debo ocuparme. Vaya a buscar ayuda, yo me encargaré del vestido y de todo lo necesario para que la señorita Amanda luzca radiante esta noche.

—Pero si los chicos necesitan algo, no estaremos en casa… —protestó Paula.

—Oh, no se preocupe por eso, alguien ha venido a verla… Y creo que estará encantado de echarle una mano. De hecho, venía a anunciar la visita cuando me llamó.

Benson se levantó del sofá, se dirigió a la puerta de la estancia y la traspasó. Al poco, a Paula le llegó el rumor de dos voces. Tras una breve conversación, el mayordomo volvió a la sala con el visitante pegado a sus talones.

—¡Thomas! —exclamó Paula abandonando el sofá y acercándose con paso apresurado al visitante—. No sabes cómo me alegro de verte, querido. No te vas a creer lo que ha pasado…

Lord Thomas Thomsing negó con la cabeza, pero sus labios, debajo de su prominente mostacho, sonreían.

—Claro que me lo voy a creer, ya me han puesto al corriente. —Hizo un guiño en dirección a Benson y sonrió—. No hay nada de qué preocuparse. Tú ve a hablar con la gente de los subterráneos, que yo me quedo aquí por si llaman Amanda y Eric.

Paula sonrió, pensó que era curioso cómo la mera presencia de lord Thomsing había logrado tranquilizarla, tal vez cuando acabasen aquella misión podría invitarle a cenar… Como agradecimiento por su ayuda, por supuesto. Nada romántico… O bueno, nada demasiado romántico. Hacía siglos que no se sentía atraída por nadie, pero si era honesta consigo misma, tenía que aceptar que aquel hombre le gustaba. Y más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Sin embargo, ahora tenían que ponerse en marcha, el tiempo para conseguir la tablilla se acababa. Paula estaba segura de que una vez estuviese en poder de Irma Dagon o, si el desconocido ladrón desaparecía, sería mucho más difícil hacerse con ella.

Por no decir que sería imposible.

9

Tienda de ropa del centro
Sábado, 15:03 h

Benson se dirigió a la dependienta, quien llevaba un buen rato mirándole con gesto suspicaz. La joven no entendía muy bien qué hacía un señor tan extraño dando vueltas y mirando prendas, zapatos y bolsos en una tienda cuya clientela se componía, casi en su mayoría, de muchachas de no más de veinte años.

—Señorita, tal vez pueda usted ayudarme —dijo el mayordomo con una inclinación de cabeza—. Necesitaría su consejo para escoger varias prendas, si es usted tan amable.

—Oh, bueno, dígame qué busca —contestó ella sorprendida. Nunca nadie había sido tan educado al dirigirse a ella.

—Necesito un armario entero para una joven de trece años.

—¿Entero?

—Entero.

Tardaron bastante en elegir desde pantalones y faldas a blusas, camisetas, sudaderas y abrigos. Benson no se olvidó de escoger también varias zapatillas, zapatos, botas, mochilas y bolsos que pensó que serían del gusto de Amanda. Las prendas formaban un montón del tamaño de una colina en la caja.

—Y, por último —pidió Benson—, necesito el vestido que tienen en el escaparate, unos zapatos y un bolso a juego.

—Oh, vaya —se lamentó la dependienta—, ese vestido no nos queda en la talla que usted busca… Los que tenemos son varias

tallas más grandes… Tal vez pueda enseñarle otros.

—No, tiene que ser ese, me lo llevaré también. No se preocupe por la talla, de eso me encargo yo.

La joven sacó del almacén de la tienda un vestido como el que lucía en el escaparate de la tienda, además de varios zapatos y bolsos que combinaban a la perfección con el mismo.

Benson miró el despliegue de prendas con gesto aturdido, no sabía bien cuáles elegir.

—Nunca pensé que esto sería tan difícil… —comentó en voz baja.

—Estos van ideales con el color del vestido… —dijo ella señalando unos zapatos de piel con tacón bajo.

—¿Sabe qué? —La interrumpió el mayordomo—. Me los llevo todos.

Tenía claro que Amanda iba a tener uno de los días más difíciles de su corta existencia y estaba dispuesto a hacer lo que fuese necesario para ayudarla a pasar el mal trago. Si un montón de ropa conseguía sacarle una sonrisa a la niña, habría merecido la pena el gasto. Y, si él tenía que echar todo el día de compras y arreglando un vestido para que ella fuese feliz, lo haría de buen grado.

Tras tanto tiempo al servicio de la familia Black, Benson había sido testigo de cómo un Black tras otro había tenido que ir renunciando a sus aspiraciones de llevar una vida normal; no obstante, ninguno de ellos había sido tan joven como lo era Amanda cuando se habían chocado de bruces con la realidad de su herencia.

Si bien el legado Black podía parecer muy emocionante, casi un privilegio —y lo era—, tarde o temprano, quien lo poseía se daba cuenta de que implicaba también renunciar a ciertas cosas. Cosas muy importantes. Y, tal y como iba aquella misión, parecía que Amanda iba a tardar bastante poco en descubrirlo.

Benson pagó las compras y, cargado con ellas, se dirigió al coche.

La máquina de coser le esperaba en la mansión.

Aquel vestido estaría listo a tiempo, aunque fuese lo último que hiciese.

10

Tren a la ciudad
Sábado, 14:26 h

—¡Qué fuerte! No está… —Eric se había parado en el pasillo, frente a un compartimento en uno de los últimos vagones del tren. Miró alrededor confuso para después volver a fijar su mirada en mí —. Te juro que estaba aquí cuando fui al vagón de carga…

—Vale, no te asustes, no ha podido bajarse de un tren en marcha —dije para tranquilizarle, a pesar de que yo misma había comenzado a sentirme algo nerviosa, por no decir histérica, pero uno de los dos tenía que mantener la calma—. Estará en la cafetería o…

No pude continuar la frase porque en ese momento el tren comenzó a frenar.

—Estamos frenando. —Eric corrió a una ventana intentando averiguar qué sucedía—. Oh, oh… Tenemos un problema…

Estábamos haciendo una parada no prevista en el itinerario de aquel tren. Si el ladrón se había dado cuenta del dispositivo de seguimiento que le habíamos colocado y pensaba que alguien le seguía la pista, podría aprovechar para bajarse y seguir su camino con cualquier otro medio de transporte.

—Hay unos policías en el andén —me informó mi amigo. A continuación, se arrodilló en el suelo, sacó el dron de la mochila y su pantalla del bolsillo del pantalón, abrió la ventana y el pequeño robot salió por ella—. Vale, han subido dos, un hombre y una

mujer… Pero parece que los demás no dejan bajar a nadie. Creo que la embajada ya ha dado la voz de alarma.

Sin dejar de observar la pantalla, Eric se alejó de la ventana, me metió a empujones en el compartimento que se suponía que ocupaba nuestro ladrón y cerró la puerta detrás de él.

—Déjame que mire una cosa.

Eric tecleó algunos comandos en la pantalla. Aquel chisme servía para todo: controlar drones, buscar información, realizar seguimientos, llamar por teléfono… Iba a tener que pedirle uno de aquellos aparatos a Benson.



—¿Qué haces? —pregunté.

—Intento averiguar qué hacen aquí. —Continuó pulsando teclas unos segundos más y, después, levantó la mirada hacia mí. Lo que leí en sus ojos no me gustó nada, si bien no tuve que esperar mucho a que me confirmase las malas noticias, porque enseguida continuó

hablando—: ¡Qué fuerte!… Tal y como pensaba, la embajada ya ha alertado del robo. Esos polis tienen la lista de invitados a la recepción y tu nombre está en esa lista, podrían pensar que tú robaste la tablilla… Tendrás que intentar que no te vean… Yo estoy seguro, no tienen mi nombre.

Bueno, había que ver el lado bueno. Tal vez la policía nos pillase, pero, por otro lado, también tendrían el nombre del ladrón (había entrado por la puerta del despacho, eso significaba que había ido con invitación, como yo misma) y yo contaba con mis habilidades para escabullirme… Además del detalle de no tener la tablilla conmigo, claro, pero podrían pensar que la había escondido. Fuese como fuese, si me identificaban, estaría en un lío.

Por primera vez —no sería la última—, pensé en la extraña relación que tenía con la policía. En realidad, el trabajo que hacíamos los Black los ayudaba, de una manera indirecta, por supuesto, pero nuestros robos impedían problemas mucho mayores, problemas que podrían haberle costado la vida a más de uno y de dos agentes… Sin ir más lejos, la fórmula que contenía aquel pedazo de arcilla, si caía en malas manos —y parecía que iba camino de ello—, serviría para crear armas tan letales que las de la policía poco podrían hacer contra ellas. No serían rival. Y, aun así, ahí estaba yo, preocupada por si aquellos dos policías me encontraban en el tren.

—No, no dejan que se baje nadie —confirmó Eric en aquel momento sacándome de mis pensamientos. Me miró con una sonrisa—. El tipo ese tampoco podrá bajar, así que todavía podemos llegar a tiempo al baile.

—Eso será si no nos pilla la poli antes —suspiré—. Venga, sigamos buscándole.

Salimos del compartimento y Eric se acercó a la ventana; tras unos segundos de espera, el dron entró volando y se posó en el suelo. Mi amigo lo volvió a guardar en la mochila con mucho cuidado y no sin antes darle unas palmaditas de recompensa, como si fuese una mascota muy querida.

Esta misión se estaba complicando cada vez más. Enumeré mentalmente: primero estaba el «pequeño» inconveniente de la policía; segundo, no teníamos ni idea de dónde se encontraba el hombre MUY rubio; y, tercero, yo seguía sin haber podido hablar con Jason.

Me agobié al pensar en todo lo que tenía que hacer todavía.

A este paso se me iba a fastidiar el baile.

11

Tren a la ciudad
Sábado, 14:35 h

Comenzamos a recorrer el tren mirando en todos y cada uno de los compartimentos. Teníamos que dar con el hombre MUY rubio. Cada segundo que pasaba era un segundo menos para llegar a nuestro destino y debíamos hacernos con la tablilla antes de que aquel sujeto se la entregase a su comprador, porque estábamos seguros de que no la había robado para él mismo.

A estas alturas del día, yo ya estaba algo más que nerviosa. Cada vez quedaba menos tiempo para el baile y nosotros seguíamos atrapados en un tren sin encontrar al ladrón. No teníamos tiempo ni para comer algo y estábamos los dos muertos de hambre, desde esa mañana no habíamos probado bocado y mi estómago gruñía como un perro al que le acaban de quitar su pelota favorita. El de Eric gruñía como un dragón, lo que me indicó que, tal vez, mi amigo tenía más hambre que yo, y ya era decir, porque yo me hubiese comido un buey si me lo hubiesen puesto delante.

Poco después recibí un mensaje de la tía Paula. Se encontraba con Nora, la responsable de la gente de los subterráneos y había averiguado algo, si bien no era muy útil, porque nos dejaba en el mismo lugar en el que nos encontrábamos.

El ladrón que nos ocupaba no había sido contratado por Irma Dagon. La noticia no me sorprendió mucho, la verdad. No tenía mucho sentido que la compradora de la tablilla decidiese robarla

cuando podía hacerse con ella de manera legal para, a continuación, venderla también legalmente al mejor postor o quedársela para sus propios fines. Nora había necesitado tan solo un par de llamadas para averiguarlo. Por lo visto, la señora Dagon ya se había enterado del robo y también estaba recopilando toda la información disponible sobre aquel ladrón. Nadie sabía el nombre del hombre MUY rubio, solo sabían que, en el mundillo, le llamaban «la sombra». Y lo único que tenía claro todo el mundo era que se trataba de uno de los mejores ladrones del mundo… Digo uno de los mejores porque la mejor soy yo, obviamente.

Nora no había trabajado nunca con él y no pertenecía a su grupo, pero había oído hablar de él y lo que sabía no era nada bueno para nosotros: aquel hombre no dudaba en matar a cualquiera que se interpusiese en su camino y, en aquel momento, éramos Eric y yo los que estábamos atravesados en el medio de ese camino, tendríamos que tener mucho cuidado. La buena noticia era que, de momento, el hombre MUY rubio no tenía ni idea de que le pisábamos los talones.

Nuestra lista de problemas no hacía más que crecer, teníamos que sumar no solo la policía, sino también un desalmado asesino a la par que excelente ladrón. Lo teníamos claro para lo de ir al baile. Lo teníamos claro hasta para llegar vivos a la ciudad, pero no podíamos detenernos ahora, así que continuamos registrando el tren.

Eric entraba primero en el vagón y comprobaba que la pareja de policías no estuviese en él. Una vez seguro de que el camino estaba libre, llegaba yo y comenzábamos a mirar los compartimentos uno a uno… Y los baños, claro. Nos tocó esperar varias veces frente a la puerta de un cuarto de baño para, instantes después, cuando salía el ocupante, confirmar decepcionados que no era nuestro hombre.

Entramos en el vagón cafetería —por supuesto, no sin antes cerciorarnos de que se encontraba libre de polis—, y a lo lejos y dando ridículos saltitos para poder ver algo sobre las cabezas de la gente que allí se encontraba, le vimos. ¡Ahí estaba! ¡Por fin! ¡Y el

maletín!

El vagón estaba repleto de pasajeros intentando que los abrumados camareros los atendiesen.

En un momento hice los cálculos mentales: dos camareros para, aproximadamente, unas sesenta personas, me daba un total de mucho tiempo de espera. Algunas no serían atendidas antes de llegar a la ciudad.

La cafetería del tren contaba con una pequeña barra en la que un hombre y una mujer con cara de preferir estar en el centro de un tornado antes que detrás de aquel mostrador se movían de un lado a otro atendiendo las peticiones de los clientes. Había también bastantes mesas, todas ocupadas, con bancos en dos de sus lados. El hombre MUY rubio estaba sentado, cómo no, en la más alejada de la puerta, por la que nosotros acabábamos de entrar.

No nos quedaba más opción que actuar. Si esperábamos a que aquel vagón se despejase, podríamos perder al ladrón. Tendríamos que avanzar entre aquella riada humana que se interponía entre nosotros y la tablilla… Y la estatura no jugaba a nuestro favor.

Avanzamos abriéndonos paso con los codos.

—Permiso —dije en voz muy alta a una señora que, alterada, daba voces al camarero. Por supuesto, me ignoró, ante lo cual no me quedó más remedio que clavarle un codo en la espalda y aprovechar su movimiento para pasar.

—¡Cuidado, niña! —espetó la mujer con malos modos.

—Le ruego que me perdone —me disculpé con una inocente sonrisa, sin sentir ni un poquito el codazo que le había dado en los riñones, más bien al contrario, hasta me alegré de habérselo dado.

Poco a poco íbamos acercándonos a la mesa.

En ese momento sucedieron varias cosas a la vez: la primera, sonó mi teléfono. La segunda, el hombre MUY rubio comenzó a levantarse de la mesa que ocupaba.

Ante mí se presentaba un dilema. Uno muy gordo. Tenía dos posibles cursos de acción; por un lado, contestar al teléfono porque, vamos a ver, era Jason, la persona con quien llevaba todo el día

queriendo hablar; por otro lado, seguir adelante con la misión que podría salvar a la humanidad del más fatídico de los destinos. La decisión estaba clara.

El hombre MUY rubio tendría que pasar por delante de donde nos encontrábamos Eric y yo para regresar a su compartimento, así que consideré detenidamente mis opciones e hice lo que cualquiera habría hecho en mi lugar.

—Espera, Eric. —Impedí que mi amigo continuase avanzando agarrándolo por la manga de su sudadera—. ¡Es Jason!

Con dedos temblorosos pulsé el botón que haría que pudiese escuchar la llamada en el intercomunicador que llevaba en el oído. Estaba muy nerviosa. O le pedía ahora que me acompañase al Baile del Último Minuto o podría ser que la siguiente vez que consiguiese hablar con él ya fuese demasiado tarde.

—¿Hola? ¿Jason? —Eric gesticulaba con las manos mientras yo intentaba escuchar lo que mi interlocutor decía al otro lado de la línea.

—¿Amanda? ¡Hola! Por fin puedo hablar contigo… —Eric continuaba haciéndome señas, apuntando hacia el final del vagón cafetería.

—Espera un segundo, Jason —le pedí, algo enfadada con Eric.

Interrogué a mi amigo con la mirada y él se limitó a señalar en la dirección en la que estaba nuestro objetivo. O, mejor dicho, en la dirección en la que había estado nuestro objetivo, porque ya no estaba.

—¿Amanda? ¿Amanda? —Escuché en mi oído. La voz de Jason temblaba un poco, parecía nervioso.

—Jason, lo siento, tengo que colgar. En un rato te llamo… De verdad que lo siento. —Corté la llamada sin darle tiempo a contestar—. ¿Dónde ha ido? ¡Tendría que haber pasado por aquí! —exclamé mirando a mi alrededor.

—Se ha ido, eso es lo que intentaba decirte, salió por allí —explicó Eric a la vez que señalaba la puerta que estaba junto a la mesa que había ocupado, hasta hacía pocos segundos, el hombre

MUY rubio.

—Pero… Pero… ¡Tenía que pasar por aquí! ¡Vamos! ¡No podemos volver a perderlo!

Nos abrimos paso hasta la salida de la cafetería de nuevo haciendo uso de codazos y pisotones a los pasajeros. Nos llevó casi diez minutos atravesar el vagón cafetería de lo abarrotado que estaba.

Cuando entramos en el siguiente vagón, nos dimos casi de bruces con el siguiente problema.

12

Tren a la ciudad
Sábado, 14:57 h

—¡Los polis! —susurró Eric dándose la vuelta y tapándome con su cuerpo.

Habíamos entrado de manera tan apresurada que no habíamos comprobado que el vagón estuviese limpio. No había ni rastro del hombre, pero la pareja de policías se encontraba a pocos metros de donde estábamos nosotros.

Si nos dábamos media vuelta y nos largábamos por donde habíamos venido, tal vez llamásemos la atención de los policías y podrían decidir seguirnos. Si nos quedábamos en la entrada del vagón, tarde o temprano —más bien temprano—, nos pedirían la documentación, comprobarían que yo había estado en la fiesta de la embajada y nuestros problemas se multiplicarían por un número bastante elevado… Y aquella misión ya nos había dado suficientes quebraderos de cabeza. Tal y como estaban las cosas, no necesitábamos ni uno más.

Eric me hizo atravesar a empujones una puerta que se encontraba a mi derecha y que yo no había visto. Entró detrás de mí, echó el pestillo y se volvió hacia mí.

—Tal y como yo lo veo, tienes que salir de aquí —dijo señalando con la cabeza en dirección a la ventana que se encontraba a mi espalda—. Dame un momento.

Eric sacó de su mochila su pantalla y tecleó algunos comandos

en ella.

—¿Qué haces ahora?

—No te voy a enviar al techo de un tren sin decirte nada más, estoy mirando dónde se encuentra el siguiente cuarto de baño. Tendrás que avanzar por fuera hasta él y yo te abriré la ventana para que vuelvas a entrar. Una vez allí creo que habremos superado a los polis y podremos seguir buscando al tipo este sin más contratiempos.

Suspiré poniendo los ojos en blanco. Cuando lo decía él parecía fácil.

Yo sabía que no lo era.

En absoluto.

—Oh, oh… —Eric levantó la vista de la pantalla y me miró preocupado—. Tenemos un problema.

—¿Otro? Está empezando a convertirse en una costumbre… —resoplé cruzando los brazos sobre el pecho.

—Mira, nos acercamos a una zona de túneles. No tenemos mucho tiempo antes de llegar a ellos. —Le dio la vuelta a la pantalla para que yo pudiese verla y señaló con el índice algunos puntos en ella—. Calculo que llegaremos al primero en aproximadamente nueve minutos o nueve minutos y medio… Ahora —continuó cambiando la pantalla a lo que parecía el plano del tren—, nosotros estamos aquí y el siguiente baño está aquí. —Señaló otros dos puntos que, sobre el plano, parecían bastante próximos—. Calculo que no te llevará mucho llegar por fuera, pero no te entretengas.

—¿Y no hay otra opción? —pregunté—. Si has calculado mal, podría matarme…

—No queda más remedio —me interrumpió.

—¿No queda más remedio que matarme? —repliqué.

—No, mujer, me refiero a que no te queda más remedio que salir por la ventana —se explicó nervioso.

Me di la vuelta y comencé a salir.

—Recuerda, tienes que avanzar hacia la cabecera del tren. Yo

haré lo mismo. Nos encontraremos en el próximo baño.

Trepé al techo del vagón mientras Eric cerraba la ventana por la que acababa de salir y comencé a reptar. A lo lejos ya era posible ver los túneles.

El aire dificultaba mi avance haciéndolo casi imposible, luché contra el viento que amenazaba con escupirme como una cáscara de pipa de aquel tren.

Miré en la dirección en la que, calculé, se encontraba el rectángulo de vidrio, ahora fuera del alcance de mi mirada, que supondría mi salvación. No quería ni pensar en lo que sucedería si Eric no llegaba a tiempo y me abría aquel ventanuco.

13

Techo del tren a la ciudad
Sábado, 15:07 h

Reptaba sobre mi tripa a toda la velocidad de la que era capaz que, dadas las circunstancias, no era mucha.

Volví a levantar mis ojos. ¡Un puente! ¡¿Pero quién había puesto ese puente ahí?! ¡¿Y por qué era tan bajo?!

Un rápido cálculo mental me convenció de que bajo su arco no cabíamos el tren y yo, pero ya no tenía tiempo para hacer nada. Lo tenía casi encima.

Bajé la cabeza, intenté hacerme lo más plana posible, como en un dibujo animado, y me preparé para el choque.

Conté: «Uno, dos, tres…».

No sucedió nada.

Alcé la cabeza con cuidado y comprobé, con sorpresa, que el puente había quedado a mi espalda.

Por lo visto, mis cálculos mentales no habían sido del todo exactos, algo que me causó una profunda alegría. No pude evitar un suspiro de alivio; sin embargo, no podía detenerme, tenía que seguir avanzando. Con bastante probabilidad, mi suerte se había acabado en ese puente, no podía seguir tentándola en los túneles. Necesitaba llegar a la ventana antes de alcanzarlos.

Mi reciente pánico debido a la posibilidad de morir aplastada contra un puente tuvo un efecto beneficioso: mi adrenalina se había disparado hasta lo que me pareció el cielo, inundando por el

camino todo mi cuerpo y aumentando, ahora sí, la fuerza de la que antes carecía para poder continuar a mayor velocidad. Ya apenas me faltaban unos metros para llegar.

Me aproximé al lateral y me descolgué. No sabía con exactitud cuál era la ventana que buscaba. Tendría que ir mirando en todas y cada una de ellas hasta encontrarla.

Me asomé a la primera. O, mejor dicho, me puse delante de ella, porque me era imposible rebasarla sin pasar por delante. Una familia ocupaba el compartimento, la abuela dormitaba con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, un hombre jugueteaba con su móvil y una mujer leía una novela. Una niña de unos cinco años jugaba en el suelo con un pequeño coche deportivo.

La niña levantó la vista.

Nuestras miradas se cruzaron.

Comenzó a gritar llamando la atención de sus padres, a la vez que señalaba en mi dirección.

Me quité de la ventana a toda la velocidad de la que fui capaz y seguí mi camino. Con un poco de suerte los adultos no me habrían visto.

Necesité pasar por delante de dos compartimentos más, por supuesto, ambos ocupados porque, cuando no quieres que alguien te vea, las probabilidades de que alguien lo haga aumentan exponencialmente. En ninguno de los dos compartimentos nadie había estado mirando por la ventana, lo que resultó muy útil para conseguir pasar sin ser vista.

Por fin llegué al baño.

Me asomé a la ventana. No vi a nadie.

Empujé el cristal.

Nada.



Intenté subirlo.

Nada.

Aquella ventana estaba cerrada.

Y bien cerrada.

Miré a mi alrededor buscando una solución al problemilla que se

me venía encima. El problemilla en forma de túnel por el que, de forma inminente, el tren en el que viajaba —de nuevo por el lado incorrecto del mismo— iba a entrar.

Me preparé para saltar al muro del túnel, no tenía más opción que esa… O, bueno, sí, sí tenía otra opción: morir estampada contra ese mismo muro, pero, por lo que fuese, me gustaba menos.

En ese momento la ventana se abrió y una mano tiró de mí.

Caímos sobre el suelo del baño en un revoltijo de brazos y piernas.

—¿Por qué has tardado tanto? —le pregunté a Eric levantándome y sacudiéndome la ropa mientras lo hacía.

—Lo siento, lo siento, lo siento —contestó él angustiado—. Había gente en los pasillos y me ha costado mucho llegar hasta aquí.

—No pasa nada, no te preocupes… —tranquilicé a mi amigo—. Vale, ¿qué hacemos ahora?

Eric debió de sentir la derrota que rezumaba mi voz, porque se acercó a mí y me miró con preocupación.

—¿Va todo bien? —Posó una mano en mi hombro.

No, nada iba bien, pero no podía decirle eso.

—No, nada va bien. —Mi boca fue mucho más rápida que mi cerebro. Por lo visto, sí que podía decírselo—. No estamos más cerca de conseguir la tablilla que cuando nos subimos a este tren, Jason me ha llamado dos veces y todavía no he podido hablar con él y, puede que cuando lo haga, él ya tenga una pareja para el baile… —Por fin iba a confesar, no podía seguir callándome—. ¡Y me gusta Jason! ¡Me gusta mucho! ¡Yo solo quería ir al baile con él! ¡Y con vosotros! ¡Yo solo quería un día normal!

Me eché a llorar. Me daba igual la tablilla, me daba igual el hombre MUY rubio, me daba igual Irma Dagon y me daba igual la policía. Estaba cansada. Mucho. Yo solo quería ir al baile del instituto, pero, tal y como estaban las cosas, eso no iba a ser posible.

Echaba de menos ser una adolescente normal cuyas únicas

preocupaciones fuesen aprobar los exámenes, a poder ser estudiando poco; salir con mis amigos, preferiblemente mucho; enamorarme de un chico o de una chica y sufrir porque no me hiciera caso; descubrir mis gustos, mis aficiones; hacer más amigos; subir selfis a mis redes sociales, mejor si es con todos esos amigos; ver vídeos en YouTube y reírme con los de TikTok; ir de compras y tener un armario repleto de prendas que jamás tendría tiempo de ponerme; aprender a maquillarme, a pesar de que eso no vaya mucho conmigo. En fin, ya sabéis, averiguar quién soy y encontrar mi sitio en el mundo. Lo que se llama ser una adolescente normal.

A cambio, lo que tenía eran: entrenamientos diarios, misiones muy peligrosas, solo dos amigos —geniales, eso sí— porque con la vida que llevaba era muy difícil hacer más, un armario con apenas cuatro prendas ya que nunca tenía tiempo de ir de compras, y, por último, pero no por ello menos importante, la responsabilidad de saber que, si alguna de mis misiones fallaba, podría estar poniendo en peligro a la humanidad.

Y una mansión enorme y llena de secretos… Y una vida muy emocionante y fuera de lo corriente. Vale, sí, ya lo sé, pero en ocasiones como esta, echaba mucho de menos lo de la normalidad.

Eric me abrazó y me dio unas palmaditas en la cabeza.

—Tranquila. Todo va a ir bien. —Me separé de mi amigo, le miré poniendo los ojos en blanco y echando el aire por la nariz en un gesto que solo podía significar: «Ya, claro, cuéntame otra»—. Bueno, no sé si va a ir bien —se corrigió Eric—, pero ¿qué quieres que te diga? ¡Estás llorando! ¡Nunca te había visto llorar!

No pude más que echarme a reír. Eric siempre conseguía que me riese y por eso lo quería tanto… Bueno, por eso y porque era el mejor amigo del mundo y sabía que nunca me iba a fallar. De hecho, en una ocasión, había preferido saltar por una ventana antes que delatarme… Si eso no era amistad, yo no sabía qué lo sería.

—¿Estás mejor? —preguntó limpiándome las lágrimas—. Mira, tengo una idea. Voy a hablar con Esme a ver si puede averiguar algo. Además, siempre puedes venir con Esme y conmigo.

—Ya, pero… No te lo tomes a mal, yo no quiero ir con vosotros, quiero ir con él. O sea, quiero ir con vosotros. Y con él —dije haciendo hincapié en el «y».

Eric bajó la mirada al suelo.

—Lo sé —dijo—. Es solo que no sé qué puedo decir que haga que te sientas bien. No me gusta verte así y necesito hacer algo.

Esta vez fui yo quien lo abrazó.

—Con estar ahí basta, no tienes que hacer o decir nada. Solo tienes que ser mi amigo.

Unos golpes en la puerta pusieron fin a nuestro abrazo.

14

Tren a la ciudad
Sábado, 15:17 h

—Policía, abra la puerta, por favor.

Eric y yo nos miramos. Él se encogió de hombros y miró la ventana por la que yo había entrado hacía apenas unos minutos. Suspiré con lo que adiviné que sería un gesto de hartazgo en mi rostro y me dirigí hacia ella.

Al parecer, mi anterior viaje por el techo de un tren en marcha no había servido para despistarlos y, desde luego, lo último que necesitábamos en aquellos instantes era que la policía me retuviese por haber estado en la recepción de la embajada. Si me pillaban, podía dar tablilla y baile por perdidos, porque no me dejarían marchar hasta asegurarse de que ni tenía ni sabía dónde se encontraba el objeto robado. Por otra parte, tal vez diesen antes con el hombre MUY rubio, algo que me habría hecho muy feliz, ya que, en aquel momento, me parecía más sencillo robarle la tablilla a la policía que al ladrón.

—Por favor, llama a Esme —susurré antes de salir.

—Te prometo que lo haré, en cuanto me deshaga de ellos —respondió señalando con la cabeza en dirección a la puerta—. No te preocupes, vamos a solucionar todo esto. Siempre lo hacemos.

Una sonrisa triste sesgó mis labios. Él me revolvió el pelo.

—Te espero en el próximo baño.

Cerró la ventana y se dio la vuelta para salir al pasillo, a

enfrentarse con los policías.

Por suerte, no tendría que preocuparme de chocar contra un muro. Habíamos dejado atrás la zona de túneles mientras manteníamos nuestra conversación. Solo tenía que preocuparme de no caerme… Que no era poco.

Eric abrió la puerta del baño y sonrió al hombre y a la mujer. Ella era más alta que él y ambos parecían en forma. No llevaban uniforme, al contrario. Ella vestía vaqueros y chaqueta y él unos pantalones de lona y una camisa.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó el muchacho. Se encontraba bastante tranquilo, al fin y al cabo, él no había puesto un pie en la embajada.

El hombre y la mujer le enseñaron sus placas y le pidieron la documentación. Eric sacó la cartera de su mochila, donde la había guardado tras comprar los billetes de tren, y se la ofreció todavía con una sonrisa en sus labios. La policía la cogió, la leyó y comprobó los nombres de la lista de invitados a la recepción de la embajada de Carobria. Aquel muchacho no era más que un viajero más.

—¿Dónde vas? —preguntó el hombre.

—¿Dónde acaba este tren? —respondió Eric amablemente.

—Chico, no te hagas el listo —dijo la mujer policía sin poder reprimir una sonrisa. Su compañero nunca había sido muy inteligente, pero era un buen policía.

—Lo siento, agente, voy a la ciudad. Hoy hay un baile en el instituto en el que estudio y estoy deseando llegar.

—¿Cuál ha sido el motivo de tu viaje? —preguntó ella devolviéndole la documentación tras comprobar que su nombre no estaba en la lista de invitados.

—He ido a ver a mis tíos, hacía siglos que no los veía y mi madre me ha obligado. —La mentira salió natural, no tuvo ni un momento de duda antes de que las palabras se escurrieran de su boca. Eric pensó que cada vez se le daba mejor mentir—. ¿Puedo preguntar qué sucede?

—No, no puedes, muchacho —dijo el policía en tono seco—, pero ten cuidado, ¿de acuerdo? No te metas en problemas.

—No lo haré, señor… Lo de meterme en problemas, me refiero —aclaró Eric ante la ceja alzada del hombre.

La pareja avanzó hasta el compartimento más próximo y llamó a la puerta. Eric los miró durante unos instantes antes de continuar en dirección contraria. Tenía que atravesar el vagón y pasar al siguiente, en este ya no había más cuartos de baño.

Pero antes, tenía que cumplir una promesa. Paró junto a una de las salidas del tren, sacó el móvil del bolsillo y se dispuso a llamar a Esme.

La conversación no duró mucho. No tenía mucho tiempo y cada segundo contaba. Eric le puso al día de lo que le sucedía a Amanda, lo triste que estaba por no haber podido pedirle a Jason que fuese con ella al baile y lo difícil que estaba resultando esta misión; y Esme prometió que intentaría averiguar algo.

—Esme —dijo Eric antes de despedirse.

—Dime.

—Tengo muchas ganas de ir contigo, pero… —El chico dudó antes de continuar—. Mira, si las cosas con Jason no van como Amanda quiere que vayan, ¿te importa si viene con nosotros? Está bastante depre… Y ya le he dicho que podría venir.

—Eres tonto, ¿no? —afirmó más que preguntó Esme. Por unos segundos Eric pensó que Esme se había enfadado por lo de tener que ir con Amanda si las cosas no salían bien. Enseguida salió de dudas—. No pienso permitir que mi mejor amiga pase por eso sola. Estaremos con ella. Ya habrá más bailes, lo que no podemos hacer es que se lleve el primer chasco amoroso de su vida y no estar ahí para lo que ella necesite, demasiado complicado lo tiene ya.

Eric se despidió de ella y colgó dando un par de suaves toquecitos en los auriculares que llevaba puestos. Todavía se entretuvo unos momentos pensando en lo mucho que le gustaba aquella chica. No terminaba de creerse que quisiera ir al baile con él… Eso solo podía significar que él también le gustaba a ella,

aunque fuese solo un poquito.

Pero tenía que apresurarse, Amanda tenía que estar a punto de llegar al siguiente cuarto de baño y, a este paso, se iba a encontrar —de nuevo— la ventana cerrada.

Los vagones estaban conectados entre sí por una estructura elástica separada por dos puertas con un espacio entre ambas que permitía el giro en las curvas. Cuando Eric atravesó la segunda puerta, alguien le empujó con brusquedad hasta ponerle de cara a la pared. Sintió que algo frío se apoyaba en la parte trasera de su cabeza.

—¿Por qué me sigues? —La voz sonaba joven.

Eric miró por encima de su hombro antes de contestar. Era el hombre MUY rubio. Eric pensó que se le había acabado la suerte.

—¡Qué fuerte, tío! ¿Qué haces? —El chico pensó que lo mejor era hacerse el tonto.

—¿Por qué me sigues? —insistió el hombre MUY rubio—. ¿Y dónde está tu amiguita?

—No sé de qué me hablas. Suéltame, me estás haciendo daño.

El hombre MUY rubio le soltó. Eric, por fin, pudo ponerse de frente a él. Le calculó unos veinticinco años, muy alto y MUY rubio, su rostro era agradable, con unos ojos grises enormes enmarcados por largas pestañas MUY negras que le daban un aspecto bastante extraño. Estaba claro que el color de su cabello no era natural. Se decoloraba. Eric bajó la mirada. El hombre le apuntaba ahora al estómago con un arma. En la mano libre portaba el maletín en el que escondía la tablilla.

—Hazte el tonto todo lo que quieras, chaval, pero sé que me habéis estado siguiendo desde la estación. La próxima vez que os vea a ti o a tu amiguita, no seré tan amable. No dudaré en utilizar esto. —Bajó la mirada en dirección a la pistola—. Díselo a ella de mi parte.

—¿Está amenazándome? —preguntó Eric con voz temblorosa.

—Lo has pillado a la primera, chico. Por si no ha quedado claro: la próxima vez que os vea, no seré tan amable, os mataré.

El hombre se separó de Eric, giró sobre sus talones y se alejó por

el pasillo sin mirar atrás.

Eric fijó sus ojos en el maletín, en cuya parte inferior había conseguido pegar otro de sus diminutos chips de seguimiento. Aquellas pegatinas que le había dado Benson estaban resultando muy útiles.

Cuando perdió de vista al hombre MUY rubio, se dio cuenta de que estaba temblando.

Aquello se estaba poniendo feo. Muy muy feo.

15

Techo del tren a la ciudad
Sábado, 15:34 h

El viento era cada vez más fuerte, no sabía qué estaba reteniendo a Eric tanto tiempo, por qué tardaba tanto en abrir la ventana del baño. Sentía calambres en los brazos y los dedos agarrotados debido a la fuerza que hacía al intentar agarrarme al pequeño saliente en el que me sujetaba… Y también debido al frío, porque me estaba helando. Todo mi cuerpo tiritaba.

O me abría pronto o me iba a convertir en un polo de Amanda.

Volví a asomarme al baño.

¡Por fin! ¡Ahí estaba Eric!

Algo ocurría, parecía asustado. Se acercó a toda velocidad y peleó con dedos temblorosos con el cierre hasta que consiguió abrirlo.

Me ayudó a entrar, se le veía muy nervioso, así que preferí no agobiarlo preguntándole por qué había tardado tanto; estaba segura de que me iba a enterar en breve.

—Amanda, tenemos un problema.

—¿Otro más?

Cada vez que entraba por la ventana de un baño, algo que, por lo visto, ya era toda una tradición, Eric me venía con lo mismo. Ya había perdido la cuenta de todos los problemas que teníamos.

—El tipo MUY rubio… Me ha acorralado… —Eric balbuceaba, su respiración era agitada, como si acabase de correr cinco

kilómetros sin hacer ninguna parada. Apenas podía entender lo que me estaba diciendo.

—Para, Eric, más despacio, siéntate aquí. —Bajé la tapa del váter y le obligué a sentarse—. Respira despacio, retén el aire en tu interior y expúlsalo poco a poco. —Eric me obedeció—. Venga, otra vez.

Cuando estuvo algo más relajado —tampoco mucho porque, la verdad, yo estaba ansiosa por saber qué había ocurrido—, le animé a continuar contándome lo que había sucedido. Eric comenzó a hablar, cada una de sus palabras me alarmó un poquito más que la anterior hasta que, hacia el final de su historia, yo estaba casi tan nerviosa como él unos minutos antes.

—¡¿Pero estás bien?! —pregunté casi a gritos intentando subirle la camiseta para comprobar que no tuviese un balazo en el estómago. Era más que obvio que en la cabeza no lo tenía.

—Estoy bien, estoy bien. —Esta vez fue él quien intentó tranquilizarme—. Pero tenemos que hablar con la mansión, esto se nos está yendo de las manos.

Salimos del baño y buscamos un compartimento vacío.

Todos estaban ocupados.

Yo miraba por encima de mi hombro cada pocos pasos, temerosa de encontrar al hombre MUY rubio a nuestras espaldas. Necesitaba hablar con mi tía urgentemente para que me dijese qué debíamos hacer, aquello se estaba complicando ya demasiado. Era mucho hasta para una Black, sobre todo si teníamos en cuenta que esta Black solo tenía trece años y no había visto una pistola en su vida… Sí, necesitábamos hablar con mi tía cuanto antes, pero a la vez, necesitábamos encontrar un lugar retirado donde la policía no pudiese dar con nosotros.

Un poco más adelante se encontraba otro coche para equipajes, decidimos escondernos allí y llamar a mi tía para pedirle ayuda, estábamos casi aterrorizados. Nadie había dicho nada de armas y tiros… Y nosotros no íbamos armados, nunca llevábamos armas. Una de nuestras normas es que nadie saliese nunca herido y la

mejor forma de conseguirlo era no tentar a la suerte con pistolas, escopetas, arcos o cuchillos.

Si hubiéramos llegado a saber lo que nos esperaba en aquel vagón, puede que nos lo hubiésemos pensado dos veces antes de entrar en él.

16

Tren a la ciudad
Sábado, 15:48 h

Nos adentramos en la penumbra del vagón de equipajes, el último antes de la cabecera del tren. Si el ladrón entraba allí, estaríamos acorralados. No tendríamos escapatoria. Y en aquel espacio tan diáfano, bien podríamos dispararnos nosotros mismos para sufrir menos porque, quitando las maletas, que tampoco ofrecían mucha protección y algunos estantes en las paredes, no había muchos lugares en los que esconderse.

Nos parapetamos detrás de unos baúles. Teníamos que llamar a la Mansión Black y pedir ayuda, solos no podíamos con esto.

Eric comprobó el chip de seguimiento en su pantalla. Si sabíamos dónde estaba el maletín, sabríamos donde se encontraba nuestro perseguidor.

Estaba marcando el número de la tía Paula cuando escuchamos el sonido de la puerta por la que acabábamos de entrar Eric y yo. Eric comprobó la pantalla, en ella no aparecía la luz roja que indicaba la presencia del maletín en ningún lugar cercano a donde estábamos nosotros. Aun así, nos encogimos en nuestro escondite evitando hasta respirar. Lo que me había contado Eric sobre el hombre MUY rubio me había convencido de que aquel tipo era peligroso. Mucho. Si nos encontraba, nos mataría. Más que nada porque eso era lo que el tipo le había dicho a Eric que haría si volvía a vernos.

Escuchamos unos pasos suaves, no muy lejos de donde estábamos. Hice acopio de todo mi valor y asomé la cabeza por el lateral del baúl.

Volví a esconderme a toda velocidad.

Era él. No sabía cómo, pero nos había encontrado.

Eric leyó la información en mi rostro y se apretó todavía más contra la superficie de cuero que nos servía de refugio, si bien, como refugio, dejaba bastante que desear.

—Sé que estáis aquí, salid. No voy a haceros daño —dijo una voz sedosa, casi dulce. Se escuchó un suave clic. El arma. Debía de pensar que por ser jóvenes éramos idiotas.

No es que fuese a tardar mucho en dar con nosotros, solo tenía que avanzar unos pocos metros más y nos tendría a tiro. De hecho, si nos quedábamos donde estábamos, matarnos sería tan fácil como pisar una cucaracha que se cruza en tu camino.

Y a mí nunca me han gustado las cucarachas, no quería convertirme en una de ellas.

Tendría que arriesgarme; si no me movía pronto, nos encontraría. Si eso sucedía, no quedaría más remedio que pelear contra el ladrón. El problema era que yo sabía pelear, pero Eric no. Podría resultar herido y, si eso sucedía, nunca me lo perdonaría. Por otra parte, aquel hombre también tenía pinta de saber pelear… Y en una lucha cuerpo a cuerpo, yo tendría todas las de perder. De cualquier modo, tenía que proteger a Eric a toda costa, aun a riesgo de mi vida. No quería ni pensar en que algo le sucediese a mi amigo. En aquella situación, él era lo más importante.

Cuando acepté mi herencia, ya sabía que mi vida correría peligro muy a menudo, estaba preparada para asumirlo; sin embargo, Eric era otra historia. Él solo hacía esto por mí, por ayudarme, por no dejarme sola ante la carga que conllevaba ser una Black. No, Eric era mi responsabilidad y no estaba dispuesta a cagarla.

Acerqué mi boca al oído de Eric y le susurré mi plan.

—Voy a salir, tú huye en cuanto puedas. Busca a los policías.

Eric me miró gesticulando con las manos. Pude entender por sus gestos que no había entendido nada de lo que le había dicho, mi susurro había sido demasiado bajo, así que pasé al plan B.

Siempre hay que tener un plan B preparado.

De un salto me planté frente al hombre MUY rubio a la vez que gritaba con toda la fuerza de mis pulmones.

—¡HUYE, ERIC! ¡HUYE! ¡BUSCA A LOS POLICÍAS!

El hombre MUY rubio apuntó su arma hacia mi pecho, pero fue mucho más lento que yo. Le di una patada en la mano y la pistola salió volando hasta perderse entre unas maletas.

Forcejeamos. Soltó un puñetazo que esquivé en el último momento agachándome y barriendo el suelo con mi pierna, lo que causó que se desequilibrase y cayese.



Se incorporó con un salto imposible.

Era ágil y rápido, eso no había quien se lo negase.

Intenté soltarle un gancho que paró con su mano, sujetando mi puño y torciéndolo hasta que me obligó a arrodillarme. Un grito de dolor salió de mi boca inundando todo el vagón.

Había perdido la pista de Eric, no tenía ni idea de si había huido o no, pero ese era todo el tiempo que había podido darle de ventaja.

No mucho. Más bien tirando a poco.

El hombre MUY rubio pasó su brazo por mi cuello y me levantó. Mis pies dejaron de tocar el suelo.

La presión de la cara interna de su codo contra mi garganta me ahogaba. Me estaba asfixiando.

Se acercó, conmigo todavía luchando contra su brazo, a una de las puertas del lateral del vagón y pulsó el botón de apertura.

El viento helado me golpeó la cara al abrirse.

Iba a tirarme del tren.

En ese momento sentí que la presión sobre mi cuello cedía un poco.

17

Tren a la ciudad
Sábado, 15:50 h

Amanda salió de un salto del escondite gritando:

—¡HUYE, ERIC! ¡HUYE! ¡BUSCA A LOS POLICÍAS!

Eric pensó que su amiga debía de estar loca si creía que la iba a dejar sola con ese tipo. Vio cómo le golpeaba la mano y el arma del ladrón salía volando hasta perderse en la oscuridad de un rincón entre varias maletas.

El chico abandonó su escondite reptando y avanzó hasta el lugar por el que había desaparecido la pistola.

Tenía que encontrarla, si se hacía con ella las tornas girarían y tendrían ventaja.

Él no tenía ni idea de cómo utilizar una pistola, pero suponía que con sujetarla por la empuñadura y apuntar el cañón a la cara del hombre MUY rubio, sería suficiente.

Todavía agachado, introdujo el brazo entre los equipajes y comenzó a palpar el suelo con los dedos.

Intentó vislumbrar algo entre las maletas, pero las sombras vivían en aquella rendija.

Siguió moviendo la mano dentro de aquella oscuridad hasta que sus dedos rozaron algo frío.

«¡Por fin! ¡El arma!», pensó el muchacho.

En ese instante un grito de Amanda se extendió por todo el vagón.

Miró en dirección al lugar en el que se desarrollaba la pelea y lo que vio le dejó helado.

Ese hombre estaba ahogando a su amiga. Su brazo apretando el cuello de Amanda, que pataleaba en el aire y luchaba por respirar.

Sin dudar, y olvidando por completo el arma, recorrió a toda velocidad el espacio que le separaba de ellos y se arrojó sobre la espalda del hombre soltando puñetazos a lo loco.

18

Tren a la ciudad
Sábado, 15:52 h

Aproveché ese momento de respiro para intentar zafarme de su agarre. Con gran esfuerzo logré morderle el brazo con el que todavía me sujetaba.

El hombre gritó, pero yo ya había conseguido soltarme.

Mi situación era muy precaria, un solo paso en falso y caería del tren, no olvidemos que la puerta seguía abierta frente a mí. El viento cortante amenazaba con arrastrarme con él.

A mi espalda escuchaba gruñidos y golpes.

Me di la vuelta buscando algo a lo que sujetarme para ver qué era lo que estaba sucediendo, qué es lo que había conseguido que aquel brazo dejara de apretarse en torno a mis vías respiratorias; si bien, no había que ser muy inteligente para saber que Eric no había hecho ni caso a lo que le había dicho antes de enfrentarme al ladrón.

Iba a matar a Eric.

Mis ojos se cruzaron con los de mi amigo por encima del hombro del hombre MUY rubio. Vi en ellos que quería decirme algo, pero la mano que le estaba agarrando por el cuello se lo impedía. Por lo visto, aquel tipo tenía cierta obsesión por asfixiar a la gente.

Eric tenía algo encerrado en el puño que formaba su mano derecha.

Lo que sucedió a continuación lo viví casi a cámara lenta.

La mano de mi amigo se echó hacia atrás mientras su cara se iba poniendo roja por la falta de aire. Esa misma mano arrojó una pequeña bola sobre el hombre MUY rubio y se produjo una detonación. Una espesa nube de humo negro comenzó a extenderse por el vagón, si bien la puerta abierta estaba atrayendo en su dirección la mayor parte de él. Y adivina quién seguía plantada en aquella puerta. Correcto: yo.

El humo comenzó a meterse en mis ojos, en mis fosas nasales, en mi boca.

Estaba respirando humo y, además, no veía nada, lo que, sumado a la puerta del tren abierta a mi espalda, me dejaba en una situación, por decirlo con suavidad, incómoda.

Comencé a toser. Me faltaba el aire. Todo mi cuerpo se convulsionaba. Los ojos me escocían y me lloraban.

Sentí que me empujaban. Retrocedí un paso.

Volvieron a empujarme.

Manoteé en el aire intentando sujetarme a algo, pero no encontré nada.

Con el tercer empujón perdí pie y la puerta abierta me engulló.

19

Tren a la ciudad
Sábado, 15:53 h

El hombre MUY rubio se dio la vuelta veloz, perdiendo todo el interés en Amanda, sabía que la chica estaba casi acabada. Eric continuó golpeándole unos cinco segundos, hasta que las manos del ladrón se cerraron en torno a su cuello y el flujo de aire necesario para seguir viviendo se cortó.

Eric llevó las manos a las del hombre intentando aflojar la presa que le estaba ahogando.

Los dedos del hombre se apretaron todavía más en torno a la garganta del chico.

Eric probó a pegarle en la cara, pero era como golpear un bloque de hierro. El otro ni se inmutó ante sus débiles golpes.

Eric miraba a su alrededor intentando encontrar una solución. No había nada cerca con lo que defenderse de aquel tipo.

Iba a morir allí mismo, en un vagón de equipajes de un tren cualquiera.

Si alguien le hubiese dicho que esa iba a ser la manera en la que se iría de este mundo, se habría reído en su cara… Por lo menos antes de conocer a Amanda. Después de conocerla, tampoco le habría extrañado tanto. Lo único que lamentaba era no haber podido ir al baile con Esme. Le hubiese gustado tanto bailar con ella y… quién sabe, tal vez hasta darle un beso. Lo sentía también por su madre quien, tras la desaparición de su padre, iba a quedarse

muy sola, pero era algo que él ya había considerado cuando decidió ayudar a Amanda en sus misiones.

En ese momento los ojos del muchacho se posaron en la pulsera que le había dado Amanda en el taxi, camino de la estación.

Con la mano libre, presionó una de las bolitas de la pulsera y esta se soltó. Eric la apretó en su puño. Aquella era su última oportunidad, notaba que estaba próximo a desmayarse.

Buscó a su amiga con la mirada y la vio a la espalda del hombre, muy cerca de la puerta. Intentó decirle que se sujetase a algo, pero era imposible hablar con aquellas garras en torno a su cuello, tendría que arriesgarse.

La mano de Eric viajó hacia atrás y con las pocas fuerzas que le quedaban, arrojó la bolita contra el cuerpo del hombre MUY rubio.



Tras el estallido que liberaba el gas del interior de la bola, sintió como el aire volvía a penetrar en sus pulmones. Había conseguido zafarse.

Cayó al suelo jadeando, dando grandes bocanadas de aire, queriendo bebérselo en lugar de respirarlo. Lo sintió descendiendo

por sus vías respiratorias como si fuese una caricia a pesar del frío del ambiente; se alzó de nuevo sobre sus temblorosas piernas, volvió a llenarse los pulmones, mantuvo la respiración y comenzó a empujar al ladrón que, tosiendo y cegado por el humo, apenas podía defenderse. Siguió empujándole hasta que cayó por la puerta todavía abierta. Solo entonces se permitió descansar.

Se desplomó sobre sus rodillas, agotado tras la pelea, todavía luchando por respirar a través de los suaves jirones de humo negro que aún danzaban a su alrededor y buscó a Amanda con la mirada.

Su amiga ya no estaba allí.

20

En ninguna parte
Sábado, 15:53 h

Ser una Black tiene sus ventajas, sobre todo cuando te caes de un tren en marcha. En ocasiones como esa, de hecho, doy gracias por ser una Black y contar con mis habilidades, potenciadas, eso sí, por el duro entrenamiento diario. De otro modo, no habría podido hacer lo que hice para salir ilesa tras aquella caída.

Tras unos cuantos empujones que sentí, más que vi, debido al humo negro que me cegaba, noté cómo perdía pie y me precipitaba al vacío que se abría a mi espalda. No sé cómo lo hice, fue algo instintivo, me giré en el aire y amortigüé la caída con brazos y piernas… Hice, como se suele decir, un aterrizaje perfecto, el mismo que no había conseguido hacía no tanto tiempo cuando caí sobre mi culo en el primer vagón de equipajes. Si tuviese que hacer una analogía, diría que había aterrizado como un gato. Esta vez, me refiero, la anterior no. Aun así, tuve que esperar unos instantes en esa posición para asegurarme de que me encontraba bien.

No había comenzado a levantarme cuando algo o alguien más cayó del tren. Mi sangre se heló en las venas, no por las bajas temperaturas de aquel bosque en el que me encontraba, que también, sino porque pensé que podría ser Eric.

Corrí en dirección al bulto desmadejado que yacía sobre aquel suelo cubierto por un cementerio de hojas caídas. Un grito luchaba por salir de mis labios, pero lo contuve. La angustia hizo que

tropezase y cayese yo también. Me levanté sacudiéndome las hojas de los pantalones y continué con mi carrera. Mi teléfono comenzó a sonar, pero no le hice caso. Necesitaba comprobar cuanto antes aquel bulto que yacía unos metros por delante de mí.

Se me escapó un suspiro de alivio cuando comprobé que el cuerpo tirado sobre el suelo de hojas no era Eric.

Era el hombre MUY rubio.

Me agaché sobre él y comprobé su respiración.

Bien, estaba vivo, pero el aspecto de su pierna derecha no me gustó nada. El hueso sobresalía entre la carne y sangraba mucho. No sabía muy bien cómo ayudarle.

Comprobé que mi móvil tuviese cobertura y con el GPS localicé nuestra situación.

Genial.

Nos encontrábamos en medio de ninguna parte. Frente a mí se encontraban las vías del tren; al otro lado de ellas, árboles de troncos anchos y altos y frondosas copas. Lo mismo que a mi espalda. Mi intuición me confirmó que me encontraba en un bosque. Solo se escuchaba el sonido del viento jugando entre las ramas y algunos pájaros que parecían charlar entre ellos.

Llamé a Benson y le puse al corriente de todo lo sucedido. Él se haría cargo y buscaría asistencia médica.

Mi teléfono sonó de nuevo.

Eric.

—¿Estás bien, Amanda? ¿Estás bien? ¿Dónde estás? —gritó mi amigo—. Llevo un rato llamándote y no contestabas, no sabes qué susto me has dado.

—Sí, sí, no te preocupes —le tranquilicé—. Me he caído del tren, pero estoy bien. No podía contestar.

—El ladrón… él… —balbuceó.

—Ya, ya lo sé, él también ha caído. Estoy con él. Está bastante mal… Se ha roto una pierna y no pinta nada bien. Ya he hablado con Benson, va a venir a por él. Eric, tengo que dejarte, tengo cosas que hacer aún… Sin mencionar que tengo que volver a subirme a

ese tren sea como sea.

Corté la comunicación y mis ojos viajaron de nuevo en dirección al ladrón. Tal y como estaba, se le veía muy joven, incluso inocente.

Ese hombre había intentado matarnos, sí, pero no podía dejarle allí, en la nada más absoluta. Sin carreteras, sin pueblos cercanos, sin nada. Si me marchaba y no miraba atrás, nadie podría encontrarle nunca y, con la pierna tal y como la tenía, por sí mismo no iba a llegar ni al siguiente árbol. Si no recibía atención médica cuanto antes podría perder la pierna… O morir. Yo no soy médico, pero, desde luego, aquella fractura tenía un aspecto tirando a malo. Tampoco soy una asesina. Nadie merece morir así, solo. No si depende de mí. Lo que sí soy yo es una ladrona, así que después de llamar a Benson y ponerle al corriente de lo sucedido, rebusqué la tablilla entre las ropas del hombre MUY rubio.

Nada.

Busqué en los alrededores por si veía el maletín.

Nada.

Llamé de nuevo a Eric.

—Dime que has encontrado el maletín con la tablilla —pedí.

—¿Qué?

Vale, no lo había encontrado.

No pude evitar soltar un resoplido de frustración.

Empezaba a estar bastante harta de aquella misión.

21

Mansión Black
Sábado, 15:56 h

Benson colgó el teléfono y echó un vistazo al vestido morado al que todavía le quedaba bastante trabajo por hacer.

Suspiró molesto. Ahora tenía que ir a recoger y encargarse de un mamarracho que había intentado asesinar a los chicos… Y el vestido sin acabar… ¡Tenía que terminarlo! ¡Era muy importante!

Si salía ahora, estaba casi totalmente seguro de que no sería capaz de terminar el vestido a tiempo para el baile, pero la señorita Amanda le necesitaba. La vida de un hombre estaba en juego. A él poco le importaba la vida de nadie que no fuese la señorita Amanda, la señora Paula y Eric, pero bueno, la niña le necesitaba y él acudiría. Solo esperaba poder volver a tiempo para terminar el vestido, que estaba mal que él lo dijese, pero le estaba quedando fantástico.



Si hubiese estado la señora Paula en casa, podría haber ido ella a recoger al herido, pero se encontraba recabando información sobre aquel misterioso hombre y el único que se encontraba en la casa, además de él mismo, era lord Thomas Thomsing, que era un señor muy simpático, pero al que no le habría dejado pilotar ni el peor de

los helicópteros Black, más que nada, porque no tenía ni idea de pilotarlos.

Dejó el trabajo de costura sobre la mesa y se dirigió al hangar.

En apenas dos minutos estaba sobrevolando los terrenos de la Mansión Black, en dirección al punto que le había indicado Amanda.

Le maravillaba que la joven le hubiese llamado para salvarle la vida a un hombre que había intentado matarla pocos minutos antes. Aquella niña iba a ser uno de los mejores Black con los que había tenido el honor de trabajar, si no lo era ya.

En la breve llamada, la joven le había contado que había caído del tren y necesitaba volver a subir, puesto que todavía no habían encontrado la tablilla que buscaban.

Benson pensó que, si las cosas seguían complicándose tanto, Amanda no iba a poder acudir al baile. Y eso sí que no lo podía consentir él, no ahora que la niña estaba tan cerca de cumplir su misión. Y no ahora que él tenía el vestido tan avanzado… Tenía que encontrar una manera de ayudarla a regresar a aquel tren.

22

Tren a la ciudad
Sábado, 15:58 h

—Dime que has encontrado el maletín con la tablilla —dijo Amanda al otro lado de la línea.

—¿Qué? —contestó Eric mirando a su alrededor.

El chico escuchó un resoplido y, a continuación, otra vez su amiga.

—La tablilla… No está aquí, no la llevaba con él. Ha tenido que esconderla antes de ir al vagón de equipajes…

—Tú intenta subir de nuevo a este tren, yo me encargo de la tablilla —interrumpió Eric también con un resoplido.

Empezaba a estar bastante harto de aquella misión.

Cuando cortó la comunicación, Eric miró a su alrededor.

El hombre MUY rubio había ido desde la entrada del coche hasta donde se encontraban ellos y, de un simple vistazo, comprobó que el maletín no se encontraba en ningún lugar de ese recorrido.

Tenía un tren entero para buscar el maletín.

Podría estar en cualquier parte y el tiempo se acababa, apenas quedaba una hora para que el tren llegase a la estación de destino.

Tenía que ponerse a buscar de inmediato, pero antes, tenía que hacer una llamada.

23

En ninguna parte
Sábado, 16:28 h

Benson no tardó mucho en llegar con uno de los helicópteros que guardábamos en el taller de la Mansión Black.

Y yo no tardé mucho en darme cuenta de que aquella aeronave no iba a poder aterrizar en el lugar en el que nos encontrábamos el hombre herido y yo, al fin y al cabo, era un bosque y los bosques suelen estar llenos de árboles… Y los árboles no son la mejor idea cuando necesitas hacer aterrizar un helicóptero. Por suerte, la nave contaba con un piloto automático de última generación, uno de los más novedosos inventos de Benson. Tras un par de minutos en los que supuse que Benson estaría programando el aparato para permanecer en suspensión sobre aquel punto, el mayordomo se asomó a la puerta y, poco a poco, hizo descender una camilla. Lo de poner al hombre MUY rubio sobre ella era cosa mía.



Conseguí subirle y asegurarle con las cinchas, comprobé un par de veces que estuviesen bien abrochadas, y di dos tirones a la cuerda. La camilla comenzó a subir, muy despacio al principio. Si se enganchaba en las ramas de los árboles… Bueno, baste decir que tendríamos otro problema a añadir a la ya larga lista de los que

teníamos. Cuando hubo sobrepasado la copa del último de los árboles, la velocidad aumentó.

Benson le metió en el helicóptero, me saludó y desapareció, él también, en el interior. Poco después el aparato comenzó a alejarse de mí.

Adiós a mi última posibilidad de llegar al baile a tiempo, pero en aquel helicóptero solo había espacio para Benson y el hombre MUY rubio. Y aunque hubiese sido más amplio, una cosa es que yo pueda dar saltos impresionantes y otra muy diferente es que pueda volar, que no puedo. Si el helicóptero no puede aterrizar y yo no puedo volar, el resultado habría seguido siendo una Amanda en tierra.

Miré a mi alrededor desanimada. Solo había árboles. A lo lejos sonaba un río… O un arroyo, no tenía ni idea ya que desde mi posición apenas veía nada, pero sonaba caudaloso, tenía que ser un río. Volví a mirar mi GPS y confirmé mi suposición: era un río.

Aquella información tampoco me servía de nada porque, después de meditarlo un poco, de buscar otras opciones, decidí que mi única posibilidad para a) encontrar la tablilla y b) llegar a tiempo al baile, seguía siendo volver a subirme al tren.

Por un lado, estaba lo de Eric, él solo no sería capaz de encontrar el maletín que contenía la pieza que buscábamos, eran demasiados vagones y faltaba menos de una hora para que llegase a la ciudad, mi amigo necesitaba ayuda. La mía, para ser exactos. Por otro lado, estaba lo del baile, con ese tren podría llegar a tiempo al baile, con cualquier otro medio de transporte, ni de casualidad llegaría en hora… Si bien ya podía ir despidiéndome de ir con Jason, no tenía ni un minuto que perder, no podía pararme a hablar con él.

Ya tenía un plan de acción.

Lo que no tenía era ni idea de cómo llevarlo a cabo.

24

Los subterráneos
Sábado, 16:00 h

Paula se encontraba con Nora, en los subterráneos, cuando su móvil comenzó a sonar.

—Discúlpame, Nora —pidió Paula antes de contestar—. ¿Sí?

Nora asistió a los cambios en el rostro de Paula según avanzaba la conversación, alguien al otro lado de la línea estaba narrando algo bastante largo. Paula solo intervenía con preguntas breves cuya finalidad era aclarar algún punto en el que su interlocutor no se había explicado bien.

Cuando colgó, más de veinte minutos después, Nora no se atrevió a preguntar qué sucedía, la gravedad en el rostro de Paula le indicaba que la mujer necesitaba pensar, así que se dirigió a la pequeña cocina para hacerle un té. Un té siempre ayudaba. Proporcionaba algo a lo que agarrarse cuando lo demás fallaba. Era reconfortante.



En el mismo momento en el que la tetera pitaba indicando que el agua ya hervía, el teléfono de Paula volvió a sonar.

Nora no tenía ni idea de quién llamaba, lo que estaba claro era que aquella mujer estaba mucho más nerviosa tras la primera llamada que cuando había llegado. Sin embargo, esta segunda

llamada había provocado que una sonrisa sesgada se extendiese por su rostro.

—Necesitamos muchas cosas y los Black no tenemos ninguna de ellas —dijo Paula tras unos instantes—, pero vamos a intentarlo… De hecho, me encuentro con Nora, voy a preguntarle ahora mismo.

Cuando colgó, Paula respiró un par de veces antes de dirigirse a su interlocutora.

—Amanda se ha caído del tren en el que viajaba y necesitamos que vuelva a subir, primero porque no han conseguido el objeto de la misión y segundo, porque de lo contrario no llegará a tiempo al baile. Benson no puede ir a buscarla porque está con un herido bastante grave y yo tardaría demasiado en ir a la mansión, coger alguno de nuestros transportes e ir a recogerla. Su única opción es el tren —comenzó Paula. Nora esperó, era muy consciente de que la petición venía ahora—. La primera llamada era de Eric para contarme lo de Amanda, la segunda de Benson, que después de ir a recoger al herido, ha tenido una idea. Necesito que me hagas un par de favores; el primero, ¿tienes una lancha?; y, el segundo, ¿conoces a algún pastor?

25

Tren a la ciudad
Sábado, 16:34 h

—Ahora te llamo.

Eric colgó el teléfono.

La llamada de Paula le había pillado en uno de los pasillos, llevaba un buen rato revisando compartimento por compartimento buscando el maletín sin ningún resultado.

Paula le había contado la idea de Benson y ahora él tenía que ver en qué punto del recorrido sería mejor llevarla a cabo. Además, la mujer le había pedido acceso al chip de seguimiento que siempre llevaba encima Amanda.

Sacó su dispositivo de la mochila y tecleó algunos comandos en él. Le envió a Paula el enlace para que pudiese localizar a su sobrina y, a continuación, buscó lo que le había pedido la mujer.

Su rostro se iluminó con una sonrisa.

Aquel era el punto. En unos veinte minutos llegarían a él. Hizo todos los cálculos necesarios y el resultado fue el esperado, pero por precaución, volvió a realizarlos antes de telefonear de nuevo a Paula. Solo tendrían aquella oportunidad.

Sin guardar el dispositivo, dio dos golpes en sus auriculares y dijo:

—Llamar a Paula Black.

Paula contestó al primer tono. Eric la puso al corriente de la situación y le indicó el punto exacto en el que tendrían que detener

el tren. No había tiempo para que Amanda llegase antes de la siguiente parada, la única del recorrido, pero algunos kilómetros más adelante, podría ser.

Podrían lograrlo.

Cierto que el tren llegaría con algo de retraso a la ciudad, pero todavía con tiempo suficiente para poder ir al baile.

Eric se dispuso a guardar la pantalla de nuevo en la mochila, cuando sus ojos se posaron en una de las pestañas en segundo plano.

—¡Qué fuerte! —murmuró para sí mismo—. ¿Cómo he podido olvidarme?

26

En ninguna parte
Sábado, 16:36 h

Corría siguiendo las vías del tren, tal vez pudiese cogerlo en la siguiente parada, la única de su recorrido. De no ser así, esperaría a que viniesen a buscarme en esa estación porque ya no tendría ningún sentido, habría fracasado.

Me quedaba el consuelo de que, por lo menos, Eric podría ir al baile encontrase o no la tablilla.

Mi móvil sonó y contesté dando un toque en mi auricular, sin dejar de correr.

—Diga —exigí más que pedí. Estaba enfadada. Enfadada con el hombre MUY rubio por haber chafado toda la misión. Enfadada con la tía Paula por haberme pedido que hiciese esto precisamente hoy, el día del baile. Pero, sobre todo, estaba enfadada conmigo misma por haber fracasado y haber puesto en peligro la seguridad de la humanidad. Era una impostora, no servía para este trabajo.

—Amanda, soy la tía Paula. Te tengo localizada, necesito que vayas al río ahora mismo.

—¿Para qué?

—Niña, no discutas y haz lo que te digo, se nos acaba el tiempo. En el río te recogerá una lancha, les he dado acceso a tu situación. Ellos saben lo que tienen que hacer, tú solo tienes que obedecer a esas personas.

Cortó la llamada sin permitirme hacer más preguntas.

Detuve la carrera y me guie por el rumor del agua. Cerré los ojos y me concentré en el sonido que buscaba. Tuve que agudizar el oído bastante, descartando los ruidos habituales de un bosque, hasta que lo encontré. El caudal del río apenas se escuchaba. Sonaba muy lejano. Las vías se habían alejado mucho de él.

Cuando situé la procedencia, abrí los ojos y corrí en aquella dirección.

27

El río, en ninguna parte
Sábado, 16:49 h

Alcancé el río, ancho y caudaloso, tras una carrera a toda velocidad más larga de lo esperado y allí no había nada ni nadie, pero, sobre el eco agitado de mi propia respiración, pude oír el sonido de un motor aproximándose a mí. Me agazapé tras unos arbustos y esperé.

Poco a poco aquel ruido comenzó a hacerse más fuerte, lo que lo producía estaba tras el recodo que formaban las aguas a algunos metros de donde me encontraba escondida.

Una lancha apareció en la curva, avanzó hasta mi posición y paró formando olas a su alrededor que vinieron a chocar contra las piedras a pocos centímetros de mis pies. A bordo había dos mujeres. Una de ellas, la que pilotaba la embarcación, era alta con una coleta morena que le retiraba el cabello del rostro y dejaba ver sus rasgos suaves. Sus brazos, fibrosos, asomaban por debajo de la manga de una camiseta de rayas. Unas gafas de sol me impedían ver sus ojos, sin embargo, sus labios dibujaban una leve sonrisa. La otra, sentada en la parte trasera, lucía una cabellera rojiza, rizada y brillante atada en un moño alto y deshecho. Los cristales oscuros de sus gafas también me dificultaban poder vislumbrar el color de sus ojos, pero algo me decía —sobre todo sus cabellos— que serían verdes.

—Sabemos que estás aquí, tu tía nos ha dado acceso a tu localización —dijo la que llevaba el volante de la lancha

comprobando algo en la pantalla de su móvil y levantando la vista a continuación—. Sal, no vamos a hacerte daño.

Dudé unos segundos antes de mostrarme.

—No nos queda mucho tiempo, menos de cinco minutos, tenemos que darnos prisa si quieres subir a ese tren —se impacientó la otra mujer—. Nos ha llevado un tiempo precioso llegar hasta tu posición.

Salí de mi escondite y me acerqué a la orilla. Recorrí la lancha con la mirada. No era muy grande y tenía el mismo aspecto que un coche deportivo, pero sin ruedas. La parte delantera —luego me enteré de que se llamaba proa— era de madera rojiza, mientras que los costados eran blancos. Tras el parabrisas se encontraba el volante, una rueda estrecha y blanca, y detrás dos filas de asientos de cuero, también en blanco. Aquello tenía pinta de coger bastante velocidad.

—Vamos, sube, muchacha, no tenemos todo el día —me animó la primera mujer con una sonrisa amable.

En apenas un segundo y con un salto casi imposible, me planté a bordo de la embarcación.

—Va a ser cierto todo lo que dicen de los Black —comentó la que pilotaba la lancha meneando la cabeza con incredulidad—. Agárrate bien, nos vamos.

La segunda mujer me guio hasta un asiento y, acomodándose junto a mí, señaló unas cuerdas ancladas en el costado. Me sujeté a una de ellas y arrancamos. El tirón de la aceleración casi logró que me soltase, así que apreté mi puño en torno a la cuerda y con la otra mano intenté agarrarme al asiento. Aquello iba más rápido de lo que me había esperado. Me gustó la sensación de velocidad que experimenté, era casi como volar. A los pocos segundos, ya estaba disfrutando de aquel inesperado trayecto sobre las aguas. Solté mis manos y las alcé hasta ponerlas frente a mi cara con las palmas giradas al viento, que las empujaba intentando controlarlas a su antojo. Era divertido. Estaba peleando contra un elemento de la naturaleza poco menos que invencible. Me envalentoné y alcé un

brazo. Nada más subirlo, salió disparado hacia atrás. Hasta mis oídos llegó la risa juguetona de mi acompañante. Se escuchaba como si estuviese muy lejos y eso que estaba justo a mi lado. Miré en su dirección. Estaba haciendo lo mismo que yo, jugando con sus manos, presentando oposición al fuerte aire. Me miró y me guiñó un ojo. Tendría poco más de veinte años, pero su rostro moreno, curtido por el sol, me había engañado en un primer momento.

Definitivamente, necesitábamos una de esas lanchas en el taller… Y aprender a manejarlas, claro.

Íbamos muy rápido. El viento en los ojos me hacía lagrimear. Intenté hablar con ellas, preguntarles quiénes eran, pero el ruido del motor y el aire en los oídos ahogaba todo intento de conversación.



Solo sabía que aquellas mujeres tenían algo que ver con mi tía, quien, por lo visto, estaba mejor relacionada de lo que me había contado. La tía Paula siempre guardaba un as en la manga… Y yo no me quejaba, no si aquellas desconocidas conseguían ponerme otra vez dentro del tren.

No tenía ni idea de cuál era el plan, qué se suponía que debía hacer yo. Tendría que esperar a que parásemos para averiguarlo.

Doblamos otro recodo y a lo lejos vi el tren avanzando sobre las vías un poco más adelante, casi de frente a nuestra posición.

—¡Ahí está el tren! —gritó la joven casi en mi oído para hacerse escuchar—. ¡Vas a subirte a él sea como sea!

Asentí y una carcajada salió de mis labios.

A bordo de aquella lancha, recordé por qué me gustaba tanto lo que hacía. Lo emocionante que era ser una Black.

Esos pensamientos me llevaron de nuevo a la misión que tenía entre manos, al baile, a Jason… Y mi alegría se apaciguó un poco.

Bastante.

El tren avanzaba ahora en paralelo a nosotras, casi a la misma velocidad que la lancha.

Se acercaba el momento de poner en marcha el plan y yo seguía sin tener ni idea de cuál era, solo esperaba que no incluyese una Amanda saltando a un tren en marcha desde una lancha en marcha, ambos comiéndose los kilómetros a toda velocidad, pero tampoco podía asegurar que no fuese a ser así.

28

El río, en ninguna parte
Sábado, 16:53 h

Frente a nosotras se extendía un meandro que nos impedía ver qué había al otro lado, no tardaríamos mucho en encontrarnos en él. A nuestra izquierda, el tren continuaba devorando la distancia que lo separaba de la ciudad. A bordo de la embarcación no me era posible comunicarme con Eric para saber si había conseguido encontrar el maletín con la tablilla, tampoco podía hablar con Benson. Estaba preocupada por el ladrón, si bien sabía que con nuestro mayordomo estaba en las mejores manos posibles. Y ni pensar en llamar a Jason para preguntarle si quería ir al baile conmigo, con todo aquel ruido no podría entender nada de lo que me dijese… Sacudí la cabeza para deshacerme de esos pensamientos, tenía que centrarme.

Durante un breve instante había disfrutado de aquel viaje a toda velocidad sobre las aguas, pero ahora que veía de nuevo aquella locomotora, volvía a caer sobre mis hombros toda la responsabilidad de la misión que todavía no habíamos completado.

Nos adentramos en el meandro girando con el curso del río. A lo lejos vi una masa blanca, se encontraba a bastante distancia, por lo que no pude distinguir con claridad de qué se trataba.

A nuestra izquierda, el tren disminuyó la velocidad y comenzó a pitar.

La masa blanca se movía cambiando de forma cada pocos

segundos. A veces más estrecha en uno de sus lados, otras veces más ancha, siempre cambiante, pero manteniendo su posición sobre lo que ahora, por fin, pude ver. Eran las vías del tren, el cual continuaba frenando en espera de que aquella masa informe se quitase del medio.

Sentí dos toques en mi hombro, la mujer que viajaba a mi lado se inclinó hacia mi oído.

—En cuanto paremos, baja y corre al tren, no sabemos cuánto tiempo podremos detenerlo.

La lancha comenzó a perder velocidad y a acercarse a la orilla. El tren continuaba avanzando, pero mucho más despacio, hasta que se detuvo por completo.

La lancha ya estaba junto a la orilla, pero todavía recorrió algunos metros antes de pararse.

—Vamos, chica, corre —me animó la mujer que manejaba la embarcación—. ¡Corre! ¡Mucha suerte!

—¡Mucha suerte! —coreó la otra dándome un leve empujón.

De un salto me planté en tierra firme, pero antes de dirigirme al tren, que se encontraba en lo alto de un leve terraplén, me di la vuelta.

—Muchas gracias —dije—. Decidle a mi tía que os invite a casa, quiero hablar con vosotras de algo —concluí señalando a la lancha.

—Eso está hecho, ahora corre —se despidió la conductora.

Subí el desnivel que me separaba del último vagón del tren a grandes zancadas, o todo lo grandes que podían ser con mis piernas de adolescente de trece años.

Busqué una puerta por la que poder entrar, pero todas se encontraban cerradas y desde fuera no tenía forma de abrirlas.

No sabía cuánto tiempo me quedaba. Con un suspiro miré en dirección al techo.

Estaba claro que iba a tener que volver a viajar sobre el tren y no dentro de él.

29

Tren a la ciudad
Sábado, 17:05 h

—Eric, ¿me copias? —Ya arrancábamos, las vías debían de haber quedado libres de aquella masa blanca. Continuaba sin saber qué era, así que me acerqué al extremo derecho con la esperanza de averiguar qué era lo que había conseguido detener el tren.

No pude evitar una carcajada cuando vi al culpable, o mejor dicho a las culpables.

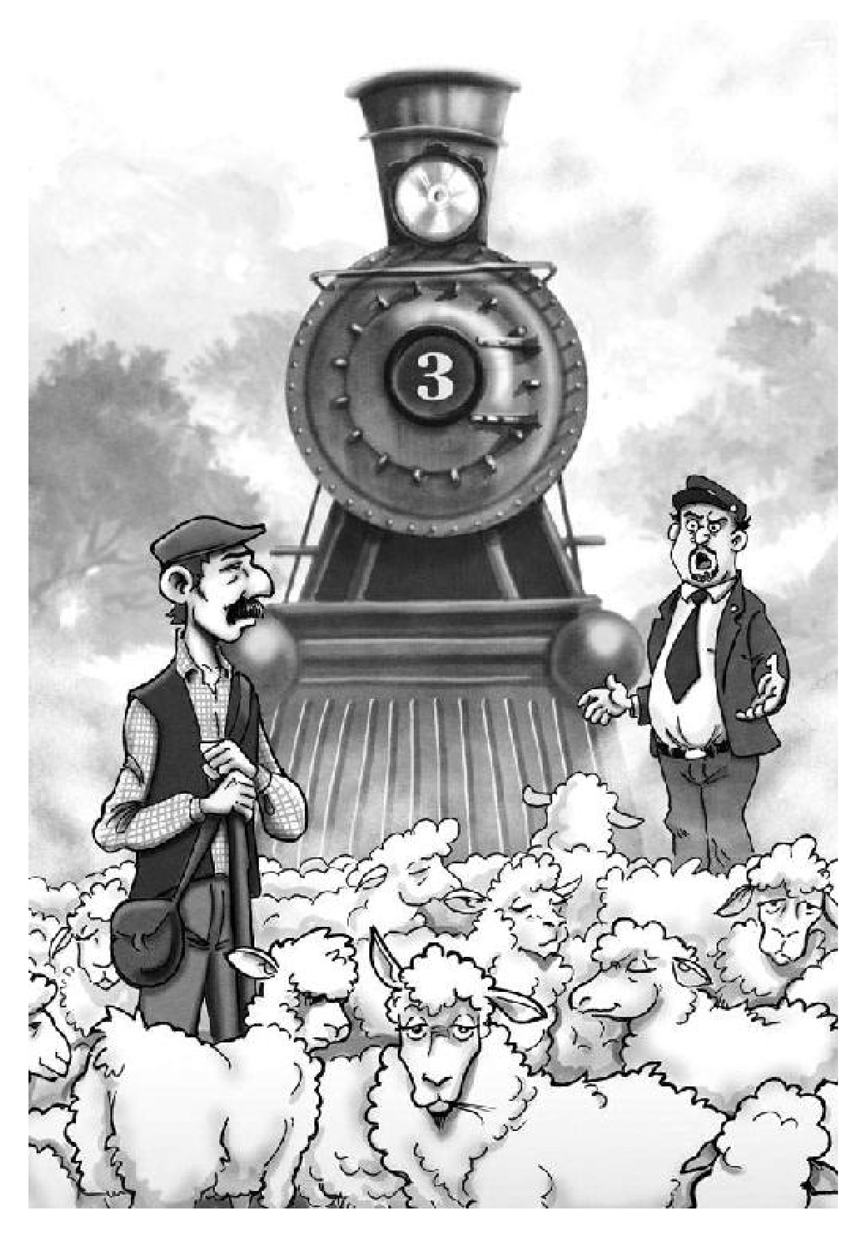
¡Ovejas!

¡Todo un rebaño de ovejas!

En ese momento me llegó la voz de Eric por el intercomunicador.

—¿Lo has conseguido? ¿Has subido?

—Sí —contesté todavía riéndome—. No sé de quién ha sido este plan, pero es una genialidad. Solo puede ser obra del mayor genio de la historia de los genios.



—Bueno, ya hablaremos de eso, ¿dónde estás? —preguntó Eric. En su voz adiviné la sonrisa que no podía ver.

—Ah, bueno, me gusta que me hagas esa pregunta... ¿Dónde crees que estoy? Adivínalo.

Eric titubeo unos segundos antes de contestar.

—¿En el techo de nuevo?

—¡¡¡Coooooorrecto!!! —contesté—. Estoy en el último vagón, dime dónde hay un baño y ve a abrirme.

Me dirigí al lugar que me indicó Eric y en pocos minutos estaba ya en el interior del baño, dándole un abrazo a mi amigo.

—Tengo una buena noticia y una mala —dijo él sin soltar el abrazo—. ¿Cuál quieres primero?

—No sé, dame la mala…

—Bueno, en realidad tengo dos buenas y una mala.

—La mala he dicho, Eric.

Se separó de mí y me miró a los ojos.

—¿Estás segura?

—Sí, venga, me estás poniendo nerviosa y todavía tenemos que encontrar la maldita tablilla.

—Ah, eso me lleva a una de las buenas noticias. —Eric se quitó su mochila, la abrió y extrajo de ella el maletín. Lo cogí. Miré a Eric sin decir nada y volví a mirar el maletín para, a continuación, volver a mirar a Eric.

Me había quedado muda del asombro.

—Pero ¿cómo es esto posible? ¿Cómo lo has encontrado? No he estado tanto tiempo fuera…

—Hay algo que no sabes… —Mi amigo se hizo el interesante más tiempo del que yo consideré necesario.

—¿Vas a hablar o voy a tener que amenazarte? —Mis palabras fueron acompañadas de un suave empujón.

—Vale, vale… A ver, ¿te acuerdas de cuando el hombre MUY rubio me apuntó con la pistola? Pues le planté un chip de seguimiento al maletín y, con los nervios de todo lo que sucedió después, no me acordaba. Hasta que no tuve que buscar en mi dispositivo el lugar en el que detener el tren, no me acordé.

—No me lo puedo creer… —murmuré.

—Pues créelo. Una vez que le dije a tu tía el sitio en el que tenían que soltar el rebaño, me llevó unos cinco minutos alcanzar el coche en el que se encontraba el maletín y hacerme con él. El

problema es que no sé la combinación que lo abre, así que tendremos que esperar a estar en el taller. Solo espero que la tablilla siga ahí dentro.

—Podemos comprobarlo ahora mismo —dije recordando la combinación que había visto marcar al hombre MUY rubio en el despacho de la embajada. Parecía que aquello había sucedido hacía siglos, pero había sido apenas unas horas antes.

Aquel día se me estaba haciendo muy largo. Larguísimo.

Coloqué el maletín frente a mí bajo la mirada expectante de mi amigo.

Marqué muy despacio los tres números que me separaban de la tablilla sumeria, primero el siete, luego el tres y a continuación el seis. Inspiré el aire por la nariz y lo solté por la boca, intentando calmarme, a la vez que rogaba que el ladrón no hubiese cambiado la clave.

Mis dedos temblaban al pulsar la tecla de apertura del maletín.

Sonó un clic.

Abrí los ojos, que sin darme cuenta había cerrado, y miré a Eric con una sonrisa que mostraba todos mis dientes. Vi una expresión similar en su rostro.

Abrí el maletín y ahí estaba la tablilla, envuelta en una tela. Busqué en los bolsillos interiores por si había algún documento que nos indicase quién era aquel hombre y quién lo había contratado, pero no había nada.

Tampoco me importó mucho. Sabíamos todo lo que necesitábamos saber sobre él: estaba fuera de juego.

Cogí la tablilla y la guardé con mucho cuidado dentro de la mochila de Eric.

Salimos del cuarto de baño dejando atrás el maletín, que ya no necesitábamos, y nos dirigimos a nuestro compartimento. Podríamos terminar aquel viaje sentados y sin correr de un lado a otro.

Y lo mejor de todo era que yo podría llamar a Jason sin más sorpresas.

Cuando estuvimos acomodados en nuestros asientos, saqué mi móvil y comencé a marcar su número.

—¿A quién llamas? —se alarmó Eric.

—A Jason, tal vez no sea demasiado tarde para que me acompañe al baile.

Mi amigo se puso muy serio.

Por supuesto, me asusté. En su cara pude leer las malas noticias que estaba a punto de darme.

—Esme ha averiguado algo… —comenzó—. Lo siento, Amanda, de verdad que lo siento. —No dije nada, pero sentí como mis ojos se empañaban, las lágrimas dándose codazos por salir—. Esta era la mala noticia… Parece ser que él quería ir contigo, pero después de intentar llamarte varias veces y que tú le dieses largas, decidió invitar a otra persona. Lo siento —repitió Eric—. Pero Esme y yo queremos que vengas con nosotros. Nos divertiremos mucho.

—¿Con qué otra persona? —pregunté.

—Oh… bueno… No lo sé.

Mentía.

—Eric, no me mientas, dímelo —insistí.

Eric guardó silencio unos segundos, la mirada clavada en sus zapatillas.

Yo esperé.

—Con Sara.

—¿QUÉ? —Por lo menos se me habían pasado las ganas de llorar, ahora estaba enfadada. Mucho.

—Lo siento.

—Deja de decir que lo sientes, no es culpa tuya.

¿Cómo era posible que Jason fuese a ir con Sara al baile? ¿Cómo podía gustarle Sara si era completamente idiota? Lo mismo me estaba equivocando con Jason, porque si le gustaba alguien como esa comadreja con ropa de marca, es que algo no estaba bien en ese chico. Estaba enfadada. Y dolida. Mucho. Desde luego ya era malo no poder ir al baile con Jason, pero que encima él fuese a ir con mi archienemiga… Aquello era imperdonable. Se me habían quitado

las ganas de acudir a aquel estúpido baile. No sé en qué había estado pensando para creer que podría tener una vida normal. Era tonta. Nunca podría tener una vida normal porque soy una Black, me guste o no, lo soy. Yo elegí esta vida. Y subirme al techo de trenes en marcha es lo que, al parecer, tenía que hacer.

La tía Paula estaría encantada si le sugiriese siquiera recuperar nuestra vida anterior. Sin entrenamientos, sin misiones, sin peligros… En aquel momento sentí que tal vez fuese buena idea pensar sobre ello. No sabía si deseaba seguir haciendo lo que hacía, continuar renunciando a cosas que quería hacer por honrar el legado de mis antepasados… No, no sabía qué quería hacer, pero dejarlo todo y volver a mi vida anterior, cruzó por mi cabeza… Y se quedó en ella.

Eric me miraba con cara de preocupación. No separaba los ojos de mi cara, así que me tragué las lágrimas. Con una vez que me viese llorar en un día, era más que suficiente. Me obligué a sonreír, no obstante, sentí que mi amigo no se había tragado aquella sonrisa.

—¿Estás bien? —preguntó Eric con cautela.

—Bueno, mejor de lo que me esperaba… —contesté tomando una decisión—. ¿Sabes qué te digo? Que me encantará ir al baile con vosotros… Si no os importa, claro.

Si tenía que ser así, así sería. Jason no sabría nunca el daño que me había hecho llevando a Sara al baile, porque nunca sabría que yo se lo pensaba pedir a él. Solo me quedaba ponerme guapa e intentar divertirme… O no. No tenía claro que quisiera ir al baile.

—Pues claro que no nos importa, nos divertiremos mucho los tres. —Eric me pasó el brazo sobre los hombros y me atrajo hacia él—. Va a ser genial… Y, si quieres, le puedo manchar su vestido a Sara.

—¡Porras! ¡El vestido! —exclamé dándome una palmada en la frente—. ¡Ni siquiera sé si tengo vestido!

—Ya nos preocuparemos de eso cuando lleguemos a tu casa. Ahora lo importante es eso, llegar a casa…

El tren llegaría a su destino en treinta minutos, con un retraso de once minutos sobre su hora y no teníamos quién nos llevase a casa, que estaba en la otra punta de la ciudad. Tendríamos que coger un taxi y en la estación siempre era toda una aventura conseguir uno.

Con un poco de suerte, llegaríamos tan tarde que ya no tendría sentido ir al baile. Lo sentía mucho por Eric y por Esme, pero yo podría quedarme en casa viendo series y comiendo helado y gominolas hasta reventar.

30

Mansión Black
Sábado, 17:06 h

Benson se había ocupado de que el hombre MUY rubio fuese atendido en el hospital, no sin antes haberlo estabilizado en la Mansión Black. Todo el proceso de recoger y proporcionarle primeros auxilios al ladrón le llevó más de lo que le habría gustado, pero la vida de ese hombre estaba en juego. Habría necesitado ese tiempo para finalizar el vestido de Amanda, quien, si su idea había funcionado, debía de estar a punto de llegar a la ciudad. Si su plan había salido como lo había planeado, el tren llegaría con algo de retraso, pero aún con tiempo suficiente para asistir al baile… Que Amanda pudiese ir con el muchacho que le gustaba… Bueno, eso ya se escapaba al control del mayordomo.

Lo que estaba fuera de toda duda era que él fuese capaz de ir a buscar a los chicos a la estación. Imposible. Ese vestido tenía que estar acabado para el momento en el que Amanda pusiese un pie en su dormitorio y eso, según sus cálculos, sería en, aproximadamente, cuarenta y siete minutos. Benson quería que fuese lo primero que viese. Pensaba dejarlo expuesto sobre el maniquí de costura, con los zapatos a juego a sus pies y el bolso colgando del hombro del mismo. Había preparado, además, unos pendientes de oro blanco que habían pertenecido a su madre y que hacían juego con una fina cadena adornada con una medalla con el escudo de los Black. Ambas joyas reposaban sobre el escritorio de la niña. Iba a estar

preciosa y eso era todo lo que le importaba a Benson en esos momentos.

¿Cómo iba a saber Benson que los planes de Amanda de ir al baile con aquel chico de su instituto no habían salido como ella habría querido? Eso no se puede decir, pero él lo sabía y quería que aquel vestido sirviese para hacerla feliz, que era todo lo que le importaba al mayordomo.

Su misión con los Black durante todo el tiempo que llevaba a su servicio, había sido y sería siempre esa. Hacerlos felices, ayudarlos en lo que precisasen y protegerlos, aun con su vida, cuando fuese necesario.

Muchas veces había fallado en esos cometidos a lo largo de los años, no siempre era fácil ser Benson, pero en esta ocasión no estaba dispuesto a fallar.

La señora Paula estaría regresando de los subterráneos, desde donde había controlado que toda la operación de rescate de su sobrina fuese como lo habían planeado, así que al mayordomo le quedaba solo una opción: pedirle a lord Thomsing que fuese a recogerlos mientras él terminaba de ajustar el vestido.

El lord inglés aceptó de buen grado. Le caían muy bien aquellos dos jóvenes a los que había conocido en una misión anterior, al igual que Paula, a quien esperaba poder invitar a cenar aquella misma noche para celebrar que, a pesar de las dificultades, aquel día también habían cumplido el objetivo: hacerse con la tablilla y sacarla de la circulación.

Thomas Thomsing se dirigió al taller de la Mansión Black, tenía muy claro qué automóvil elegiría; aquel Bentley Mulsanne negro le llamaba a gritos y esa era una ocasión perfecta para probarlo.

Cuando escuchó el sonido del motor alejándose, Benson sonrió satisfecho y encaminó sus pasos de nuevo hacia la mesa en la que le esperaba aquel pedazo de tela morado.

Que todo estuviese por fin organizado le daba la tranquilidad que necesitaba para acabar su trabajo de la mejor manera posible.

31

Estación de la ciudad
Sábado, 17:35 h

—Vale, tienes que contarme qué ha pasado, porque no me he enterado de nada —le pedí a Eric mientras salíamos del tren con la tablilla sumeria a buen recaudo.

Eric me miró durante unos segundos. A continuación, su mirada viajó hasta el reloj que llevaba en la muñeca.

—No sé si me dará tiempo a contártelo todo —comentó con voz grave sin levantar la vista de la esfera en la que los segundos continuaban pasando—. Ha sido una operación de lo más… complicada…

—Venga, hombre, habla. —Le di un suave empujón en el hombro conteniendo la risa.

Tras unos instantes en los que me dedicó una sonrisa pícara, a la vez que subía y bajaba las cejas varias veces consiguiendo arrancarme una carcajada, comenzó a hablar.

Tras hablar conmigo después de caerme del tren, lo primero que había hecho era llamar a mi tía para informarla. Poco después ella le había llamado de vuelta con un plan.

Al sobrevolar Benson con el helicóptero la zona en la que había recogido al hombre MUY rubio, se había dado cuenta de una cosa: el tren que, en principio, avanzaba en paralelo al río, se alejaba del mismo unos kilómetros más adelante para volver a acercarse más tarde. Si conseguían llevarme hasta la zona en la que tren y río

volvían a unir sus recorridos y lograban detener el tren en algún punto a lo largo de ese tramo, yo podría subir a bordo de nuevo, así que Benson llamó a la tía Paula y ella organizó todo lo demás. ¿Qué por qué en ese punto? Porque por tierra era imposible avanzar a la velocidad necesaria, sin embargo, el río ofrecía una vía por la que una lancha podría comerse los kilómetros y darme la posibilidad de subirme de nuevo al tren.

Ahora mi tía Paula solo necesitaba una lancha.

Y sabía a quién pedírsela.

Mientras yo intentaba alcanzar el tren en la única parada que tenía antes de llegar a nuestra ciudad, Nora había conseguido la lancha con la que me habían recogido, pilotada por dos de sus mejores mujeres, quienes solo necesitaron seguir mi localización en una pantalla para encontrarme. Localización que les había proporcionado mi tía, a través de Eric, gracias a mi chip de seguimiento.

Lo del rebaño de ovejas era cosa de Thomsing, que conocía a todos los ganaderos de la zona debido a sus negocios. Había contactado con uno de los pastores, un viejo amigo suyo, que había accedido a llevar al rebaño a las vías. Por suerte, no se encontraba muy lejos cuando Thomsing le había llamado, de lo contrario, todo el plan se hubiese ido a la porra porque, para que todo fuese sobre ruedas, era fundamental detener el tren.

La gente de Nora tenía un plan B —siempre hay que tener un plan B—. Si el rebaño no llegaba a tiempo, atravesarían un coche en las vías y fingirían un accidente, pero no había sido necesario llegar a eso… Y mejor así, porque entonces seguramente habría intervenido la policía, mientras que nadie llama a la policía por unas cuantas ovejas.

Por otra parte, Benson había conseguido averiguar quién había contratado al hombre MUY rubio. Tener la vida del ladrón en sus manos había sido de bastante utilidad para sacarle la información. Había sido contratado por un coleccionista privado, si bien desconocía su nombre. Uno de esos que prefería ser el único que

pudiese admirar según qué obras de arte antes que permitir que se expusiesen en museos para que todos las disfrutasen. Según las indagaciones del mayordomo, podría ser el mismo hombre que ordenó el robo de varias obras de un museo de Boston en 1990, entre ellas cuadros de Vermeer, de Rembrandt o de Manet. Ninguno había sido visto desde entonces. Seguramente no tenía ni idea de lo peligrosa que era la tablilla; sin embargo, los Black tendríamos que estar atentos, no podíamos arriesgarnos a que fuera algo más que un simple coleccionista —y ladrón— de arte.

También tendríamos que tener vigilado al hombre MUY rubio. Tras realizarle una primera cura de urgencia, Benson se había asegurado de dejarle en algún sitio donde pudiese ser encontrado y llevado a un hospital. El mayordomo había tomado todas las precauciones necesarias para que el ladrón no pudiese verle el rostro ni saber dónde había estado. Una vez el hombre estuviese en el hospital, lo que contase era asunto suyo. No podíamos conseguir que la policía le detuviese por el robo de la tablilla porque, al fin y al cabo, nosotros le habíamos robado la tablilla a él. Lo que sí podíamos hacer era seguir sus pasos de cerca, ya que, mientras el hombre estaba sin sentido, Benson le había implantado un dispositivo de seguimiento en el tobillo.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho tú? Además de encontrar el maletín y facilitarles el acceso a mi posición, me refiero —pregunté.

—¿Que qué he hecho yo? —Mi amigo se indignó medio en broma medio en serio—. ¿Que qué he hecho? Pues he hecho unos complicadísimos cálculos para encontrar el mejor punto en el que parar el tren. Si lo paraban demasiado pronto, no tendrías tiempo de llegar, si lo paraban demasiado tarde, el tren se habría separado de nuevo del río y tampoco lo habrías alcanzado, así que tuve que calcular el punto exacto teniendo en cuenta demasiadas variables. Con que solo una hubiese fallado, no estaríamos hablando aquí ahora mismo.

Lo cogí del brazo y me acerqué a él.

—Gracias —susurré en su oído a la vez que salíamos de la

estación.

Aquel plan que yo había creído que era obra de un genio, no lo era. Era obra de muchos genios. Y aquellos genios eran mi equipo.

Mi equipo.

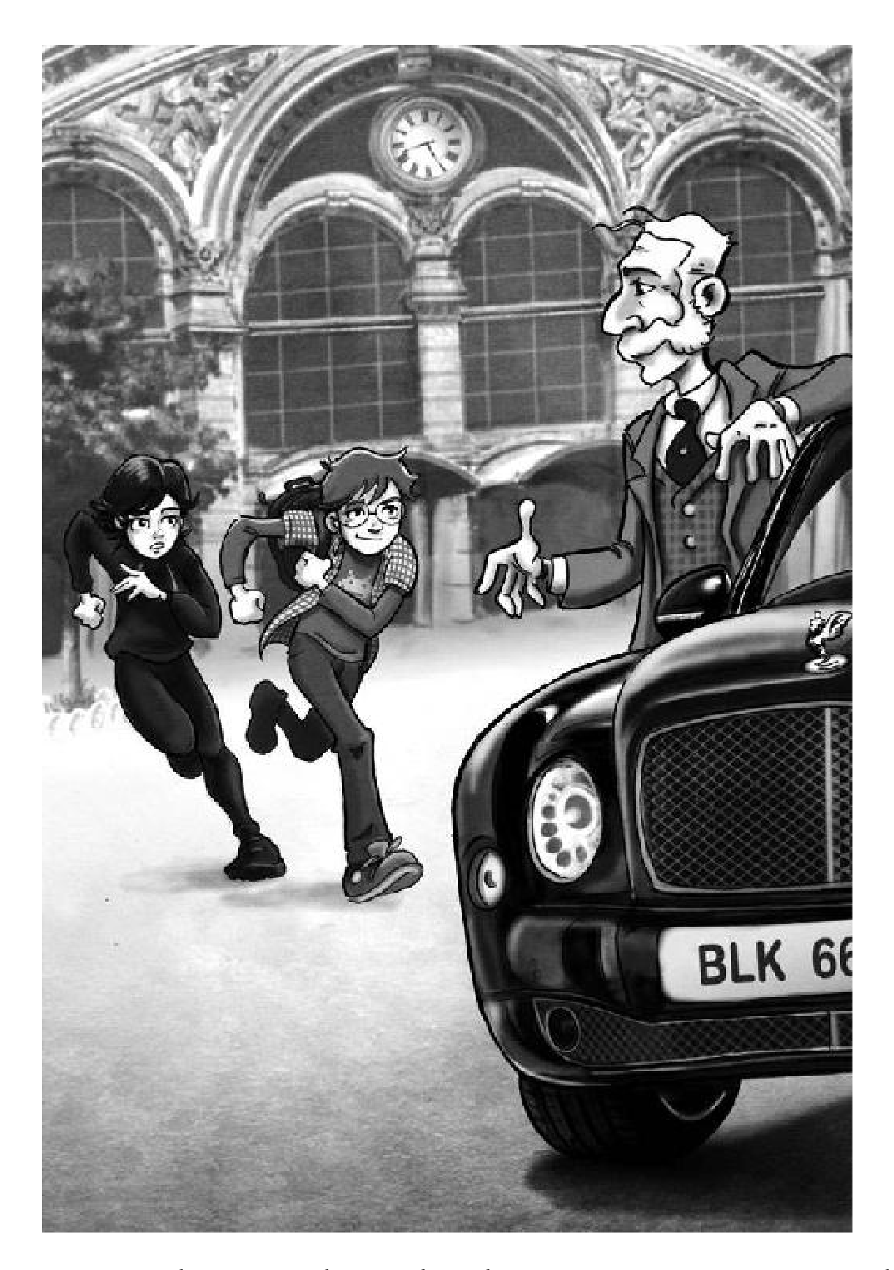
La gente con la que trabajaba y que cuidaban no solo de mí, sino también de mi misión y, por tanto, de la humanidad. En realidad, ser una Black no era un trabajo tan solitario como había pensado hacía apenas unos minutos. A mi lado había personas que me querían mucho y que harían lo que fuese por ayudarme. Era muy afortunada por tenerlas.

Nada más salir de la estación, reconocimos a lord Thomsing que nos saludaba desde un impresionante coche.

—¡¡¡Corred, chicos!!! ¡¡¡Tenemos que prepararos para un baile!!!

«Prepararme para un baile —pensé—, tendré que ir con un vestido negro que me hará parecer demasiado seria y eso sin contar con que tendré que ver a Jason con Sara y me hace entre poca y ninguna gracia».

Si mi tía había estado todo el día en los subterráneos con Nora, intentando ayudarme, dudaba mucho de que fuese a tener nada que ponerme para el Baile del Último Minuto. Y tampoco pensaba echárselo en cara. Aquella misión había sido muy difícil para todos, menos mal que ya había terminado. Si bien yo continuaba dándole vueltas a la idea de quedarme en casa y dejar que Eric y Esme disfrutasen de su salida juntos sin tener que aguantarme a mí.



—Eric —dije entrando en el coche—. Creo que no voy a ir al baile, no tengo nada que ponerme.

Mi amigo se giró hacia mí.

—Tú eres tonta, claro que vendrás. Ya verás.

Tal y como lo dijo, me hizo pensar que sabía algo que yo no

sabía, tal vez tenía algo que ver con la segunda buena noticia que había mencionado antes y que todavía no me había dicho. Aunque insistí en que me aclarase ese comentario tan críptico, mi amigo no quiso decirme nada más.

32

Mansión Black
Sábado, 18:12 h

Lord Thomsing dejó a Eric en su casa, Benson iría a buscarlo más tarde para pasar a recoger a Esme con uno de los coches de la familia Black. Ya veríamos si yo acompañaría a Benson o no. Desde luego, yo no lo tenía nada claro.

Llegué a la Mansión Black donde mi tía, que ya había regresado de los subterráneos, me esperaba para poner la tablilla a buen recaudo. Después de guardarla en la Galería de los Secretos, mi tía me pidió que la acompañase a la cocina.

—Pero tía, tengo que empezar a arreglarme —protesté—. Tengo que ir al baile. ¡Empezó a las seis! ¡Me lo voy a perder!

—Tengo que decirte algo… No son buenas noticias, así que deja que te haga una taza de cacao.

Refunfuñé un poco, pero la acompañé.

Mi tía me preparó un cacao calentito en cuya superficie flotaban nubes de azúcar. Estaba buenísimo.

—Vale, ¿qué tienes que decirme? —pregunté intentando pescar una de las nubes con la cucharilla.

—Es el vestido, cariño —dijo mi tía con gesto triste—. No pude ir a comprártelo con todo este jaleo…

Me sentí muy decepcionada y se me hizo un nudo en la garganta.

No solo no iba a ir al baile con Jason, es que Jason iba a ir con

mi archienemiga, Sara y, además, yo iba a ir vestida toda de negro como una cucaracha. Y para rematar, iba a fastidiarles la velada a mis mejores amigos quienes, con total seguridad, preferirían estar a solas que estar conmigo.

Estaba siendo uno de los peores días de mi vida.

Y cada vez tenía menos ganas de ir al maldito baile. No creía ser una buena compañía.

De nuevo sentí muchas ganas de llorar.

En ese momento entró Benson en la cocina.

—Bueno, querida, sube a arreglarte —dijo mi tía, de repente muy animada.

—No sé si quiero ir a ese baile.

El pánico se reflejó en la mirada que compartieron los dos adultos.

—¿Por qué? —preguntó la tía con cautela. Benson, en cambio, solo asintió levemente, como confirmando algo que ya sabía.

—El chico al que quería invitar… No va a venir conmigo al baile, va con otra.

—Ah, entiendo… —murmuró mi tía—. Aun así, creo que deberías ir. Yo voy a cenar con Thomas Thomsing, así que sube a tu dormitorio y ve duchándote. Yo te llevaré en unos minutos algo precioso que ponerte y te peinaré.

—Pero tía… —protesté.

—He dicho que subas. —El tono no dejó lugar a discusión alguna.

Abandoné la silla y con pasos perezosos y arrastrados me encaminé en dirección a mi habitación.

Tenía cero ganas de ir a ningún estúpido baile.

Al abrir la puerta de mi dormitorio, toda la pesadumbre que había remolcado por los pasillos de la Mansión Black se esfumó como si nunca hubiera estado allí.

¡¡¡Allí estaba el vestido de mis sueños!!! ¡¡¡Y era todavía mejor de lo que recordaba!!!

Me acerqué al vestido despacio, sin terminar de creerme lo que

estaba viendo. Pasé los dedos sobre la tela morada. Era suave al tacto y muy fina; a la luz de las lámparas lucía con un brillo satinado muy leve. Mis ojos bajaron desde la parte superior de la prenda, continuaron viajando por la tela morada, poco a poco, disfrutando de todos los detalles, hasta llegar al dobladillo, que me quedaría a la altura de las rodillas una vez puesto. Más abajo se encontraban unos zapatos. Los cogí; eran ligeros, pero sobre todo eran preciosísimos, perfectos para el vestido.

Es curioso cómo un vestido bonito me cambió el estado de ánimo en menos de tres segundos. Cuando había abierto la puerta estaba decidida a darme una ducha y ponerme el traje de noche por excelencia, esto es, el pijama. Ahora estaba deseando probarme aquella fantasía hecha prenda de vestir e irme al baile del instituto a divertirme con mis amigos.

—¡¡¡TÍA PAULA!!! —llamé a gritos. Tenía más que claro que era imposible que me escuchase desde la cocina, donde la había dejado, pero aun así lo hice.

Me di la vuelta para bajar corriendo a darle las gracias, pero nada más girar sobre mis talones choqué con algo… O mejor dicho con alguien.

—¡Para niña, para! —exclamó mi tía riendo.

—Tía, es precioso… Pero no lo entiendo, me has dicho que no habías tenido tiempo de ir a buscarlo…

—Y no he sido yo… Benson, venga, por favor —pidió mi tía sin levantar la voz.

Apenas un segundo más tarde, la cabeza del mayordomo asomó por el umbral de la puerta.

—¿Llamaba la señora? —preguntó él.

—Sí, claro que llamaba. No se va a escapar de esta tan fácilmente, querido. Hay alguien aquí que quiere darle las gracias.

Miré a Benson con los ojos muy abiertos.

—¿Has sido tú? —Mi interrogación sonó más a afirmación.

—Bueno, la señora estaba ocupada, así que me acerqué a la tienda que me dijo y compré algunas cosas… —explicó Benson.

—Me encantan las dos cosas… ¡Y el bolso también! De verdad, muchísimas gracias, Benson. —Corrí a abrazarlo—. Esto es lo mejor que me ha pasado en todo el día, has conseguido convertir un día horrible en un buen día.

—Díselo todo, Benson —pidió la tía Paula.

—No hay necesidad, señora…

—Claro que la hay. Se lo dices tú o se lo digo yo, tú verás.

El mayordomo se separó de mí lo justo para tomarme de la mano y guiarme hasta el armario. Mi armario era un vestidor de techo a suelo, enorme, más grande que el apartamento en el que habíamos vivido la tía Paula y yo antes de mudarnos a la Mansión Black. Daba bastante pena tener un armario tan grande y solo unas cuantas prendas, así que no era un lugar que yo visitase con asiduidad, casi siempre tenía mi ropa en uno de los sillones que había frente a la chimenea. Al principio de llegar a la mansión, yo había guardado las cosas en su sitio, dobladas con mucho mimo y ordenando todas las prendas —las pocas que tenía— por colores —principalmente, negro—. Era la primera vez que tenía un armario para mí sola, pero al poco, abrir esas puertas se había convertido en un recordatorio continuo de cómo era mi vida: sin tiempo para ir de tiendas con amigas, sin tiempo para ponerme la ropa que me comprase, sin tiempo para ser una adolescente normal, sin tiempo más que para entrenar, estudiar y salvar a la humanidad de objetos peligrosos. Y así fue como había acabado por no abrir nunca aquel armario.

Benson se detuvo frente a él.

—Ábralo, Amanda.

Le miré sin entender muy bien por qué quería que abriese las puertas que daban a la desolación más absoluta, aquel era el desierto del Sáhara de los armarios.

Me encogí de hombros y tiré del pomo hacia mí.

Casi me caigo de culo por segunda vez en el mismo día, algo nunca antes visto en una Black.

Las perchas y estantes estaban llenas de vestidos, faldas,

pantalones, jerséis, camisas, camisetas, sudaderas… Todo lo que una adolescente pudiera soñar estaba en aquellos espacios antes vacíos.

Benson abrió lo que parecía un cajón.

No lo era, era un zapatero… Y no tenía un solo hueco sin llenar.

—Dile lo del vestido, Benson —dijo mi tía con voz suave—. Tiene que entenderlo.

—Su vestido… No había de su talla —comenzó el mayordomo—, he estado todo el día cosiendo para que pueda ponérselo ahora… Por eso su tía tuvo que entretenerla en la cocina, porque yo estaba acabándolo. Ha sido complicado, pero volvería a hacerlo mil veces solo por verla sonreír como lo está haciendo en este instante. Eso es lo que hago en esta casa, lo que llevo haciendo tanto tiempo. Mi labor es protegerlas, ayudarlas y conseguir que ustedes dos sean felices.

Asentí intentando digerir lo que acababa de decirme. Era mucho más que un mayordomo y nadie podría quitarme esa idea de la cabeza. Todavía recordaba aquella fotografía muy antigua que encontré el primer día que llegué a la mansión, en ella aparecía Benson y desde que se tomó no había envejecido ni un solo día.

Fui a preguntarle sobre la fotografía, necesitaba saber si mi teoría era cierta. Benson había conseguido coser el vestido, rescatar al hombre MUY rubio, comprarme un armario entero y ordenarlo… Todo en el plazo de unas pocas horas, allí había algo muy raro. Benson no podía ser normal, había algo mágico en él, como si pudiese estar en varios sitios a la vez y no envejecer, pero la tía Paula se acercó e hizo que le prestase toda mi atención. Yo apenas podía separar mis ojos, convertidos en dos rendijas, de Benson.

—Amanda, cariño, siento mucho lo que ha sucedido hoy. Esto no tendría que haber pasado y sabemos que toda la ropa que podamos comprarte no es recompensa suficiente. Nunca lo es.

—Tía, estas cosas pasan… De todas formas, hoy me he dado cuenta de algo: tengo que renunciar a algunas cosas. No puedo tenerlo todo… —Hice una pausa, en realidad ese pensamiento lo

estaba completando en ese mismo momento—. Y está bien así. La mayoría de la gente de mi edad no tiene la posibilidad de vivir las cosas que yo estoy viviendo, así que… Es lo que hay, prefiero ser una Black, aunque no pueda ir a un baile con el chico que me gusta.

—Cariño, siempre podemos volver a desaparecer —dijo mi tía abrazándome—. Solo dímelo, dime que quieres una vida normal y desapareceremos. Benson nos ayudará, ¿verdad, Benson?

—Por supuesto, señora —confirmó el mayordomo.

—No, no. Quiero seguir haciendo lo que hago… Pero sí hay algo que quiero pedirte.

—Dime, pide lo que quieras, mi niña.

—¿Podemos tener una lancha?

33

El instituto
Sábado, 19:15 h

Esme, Eric y yo llegamos un poco tarde al baile, de hecho, llegamos muy tarde, el baile había comenzado más de una hora antes.

Habían convertido el gimnasio del instituto en una sala de baile, al fondo de la pista de baloncesto, habían levantado un escenario sobre el que una DJ con gorra y gafas de sol pinchaba vinilos y animaba a los asistentes con la música. En la pista de baile mis compañeros y compañeras bailaban y daban saltos sin parar, la mayoría de ellos ya estaban bastante despeinados. Frente a las gradas habían montado una barra que era atendida por varios camareros, casi tan agobiados como los del tren. No paraban de servir refrescos y zumos a los estudiantes y profesores que esperaban su turno con paciencia. En los muros, colgaban globos de colores, guirnaldas y pósteres que alegraban el entorno.

Entramos en el gimnasio los tres a la vez y los tres a la vez nos quedamos con la boca abierta por aquel despliegue de luces, música y gente muy arreglada. Lo normal cuando no has estado nunca en un baile, claro.

Está mal que yo lo diga, pero el vestido morado me quedaba perfecto. Lo había combinado con unas zapatillas de lona amarillas porque los zapatos, si bien eran maravillosos, no terminaron de convencerme. Pretendía bailar hasta la hora de volver a casa y los

tacones no eran la opción más inteligente para ello. Además, la tía Paula me había ondulado el cabello, que se veía sedoso y brillante. Solo pedía que no lloviese o todo aquel trabajo no habría servido para nada; mi pelo se convertiría en un pompón de lana y tendría la misma textura que el pelaje de un perro mojado.

Nada más entrar en el gimnasio del instituto, vimos a Sara charlando con la cabeza muy pegada a Jason.

Maldita sea, hacían buena pareja.

Eric y Esme se miraron entre ellos y después me miraron a mí. En el diccionario, junto a la palabra «preocupación», tendría que aparecer la foto de mis dos amigos en aquel momento.

Me encogí de hombros.

—¿Qué se le va a hacer? —comenté con ligereza. La verdad es que dolió verlos juntos, pero no quería amargarles la fiesta a mis amigos.

Eric y Esme soltaron de golpe todo el aire que habían estado reteniendo en sus pulmones desde el momento en que vieron a Jason. Rieron, todavía algo nerviosos.

—¿Estás segura? —preguntó Esme.

—Pues claro —contesté alegre—. ¡Vamos a bailar!

Tiré de ellos hasta la pista de baile, donde nos mezclamos con otros compañeros de clase.

Después de un buen rato y estando ya cansada de dar saltos con mis amigos, decidí permitir que disfrutasen de su compañía, de la suya entre ellos, me refiero. Vamos, que hice bomba de humo y los dejé un rato a solas.

Me dirigí a la barra donde servían refrescos y pedí uno, no porque me apeteciese, si no por hacer algo. No tenía muchos amigos en el instituto si no contaba a Esme y a Eric, pero ahora era su momento y yo no pensaba fastidiárselo, ya me apañaría.



Vagué por la sala, me sentía extraña, ajena a todo lo que me rodeaba. Ajena a mis compañeros, al baile, a las parejas que poco a poco comenzaban a formarse. Yo no podía tener nada de aquello. Sí, había ido al baile, pero no sabía si podría ir al siguiente, ni siquiera sabía si al día siguiente tendría que viajar a algún exótico

país en una misión urgente. No tenía ni idea de lo que me esperaba en el futuro. No podía hacer planes como todos aquellos chicos y chicas que se divertían a mi alrededor.

Unos suaves golpes en mi hombro me sacaron de mis pensamientos.

Me di la vuelta.

Jason.

Estaba muy guapo y eso me molestó.

—Hola —dijo pasándose la mano por el pelo con gesto nervioso —. Estás muy guapa.

—Tú también… Bueno, no… O sea, me refiero a que no estás guapa, estás guapo.

Vale, ahora, además, iba a pensar que era idiota.

—He intentado hablar contigo varias veces hoy —comenzó—, pero no parecía que quisieras hablar conmigo.

—Ya, lo siento, es que he tenido un día… difícil —contesté encogiéndome de hombros.

—Me hubiese gustado invitarte al baile…

Dejó la frase en el aire.

—Ya, sin embargo, has venido con Sara…

Ahora fui yo la que dejó la frase flotando entre los dos.

—Pero es que no podía hablar contigo… Cuando me llamó Sara… Bueno, dijo algunas cosas sobre ti, me enfadé y, cuando me pidió que la acompañase, dije que sí.

Espera, espera, espera… ¿Cómo que le llamó Sara? Eso no es lo que me habían dicho a mí. A mí me dijeron que él había invitado a Sara… ¿Y qué había dicho de mí? No entendía nada.

—Espera un momento —pedí—, ¿qué dijo de mí? Apenas me conoce más allá de darme empujones y reírse de mí por los pasillos…

Jason pareció dudar unos momentos antes de contestar.

—Dijo que te había escuchado reírte de mí en el gimnasio…

—¿QUÉ? —le interrumpí sintiendo como mi cara se ponía roja a causa del enfado—. ¡Yo no he hecho eso! —Intenté controlar la

furia que sentía antes de continuar, no pensaba meterme en una guerra contra Sara, de ahí no podía salir nada bueno—. Mira, no sé qué tiene esa chica contra mí, tampoco me interesa mucho averiguarlo, pero puedes estar seguro de que yo no me he reído de ti. No es mi estilo.

Una sonrisa asomó a los labios de Jason.

—¿Habrías dicho que sí si te hubiese invitado? —preguntó con timidez tras unos segundos de duda.

—De hecho, pensaba invitarte yo —confesé mirándome las zapatillas.

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Te apetece bailar conmigo? —dijo tendiéndome la mano.

En ese momento me di cuenta de algo: Jason no era para mí, no después de creerse lo que fuese que le había contado Sara. No. Debería haberme preguntado si era cierto. Es lo que habría hecho yo de haber sucedido lo contrario. Aquel primer enamoramiento mío no había sido como lo había imaginado. Tampoco era el fin del mundo, al fin y al cabo, tampoco es que yo fuese a tener tiempo para salir con él. Y, la verdad, no me apetecía mucho cambiar de vida por él. Ni por él ni por nadie. Me gustaba mi vida. Me encantaba mi vida. Me había costado un terrible viaje en tren y un desengaño amoroso darme cuenta de ello.

Miré a Esme y a Eric, que bailaban en la pista ajenos a todo lo que sucedía a su alrededor.

Sonreí y cogí su mano. Un baile tampoco iba a matarme y yo había ido allí a bailar.

—Claro, ¿por qué no?



JUAN GÓMEZ-JURADO (Madrid, España, 1977) es periodista, licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad San Pablo CEU. Como periodista, su carrera profesional ha pasado por las redacciones de Canal Plus, Cadena SER, diario ABC, TVE y La Voz de Galicia. Colabora con las revistas Qué Leer, Jot Down Magazine y New York Times Book Review y participa en programas de radio y televisión.

Sus novelas (*Espía de Dios, Contrato con Dios, El emblema del traidor, La Leyenda del Ladrón, El Paciente, Cicatriz* y, su más reciente obra *Reina Roja*) se publican en más de cuarenta países, se han convertido en *bestsellers* mundiales y han conquistado a millones de lectores. En Hollywood hay planes para adaptar varias de ellas a la gran pantalla.

Recientemente Juan aceptó el encargo más difícil del mundo de la clienta más dura del mundo, su propia hija, para convertir la historia que le contaba antes de dormir en una saga de libros juveniles: Alex Colt.

BÁRBARA MONTES, psicóloga infantil y lectora empedernida, es

madrileña y ecléctica. Como psicóloga infantil ha dedicado muchas horas a uno de los problemas más acuciantes de la sociedad contemporánea, la decreciente capacidad de atención de los niños. Eso la empujó a escribir novelas para ellos, y finalmente a la literatura para adultos.

Vive en Madrid junto a su marido Juan Gómez-Jurado.